

LOS ENFOQUES POSTMODERNISTAS FRENTE A LAS AMBIGÜEDADES DE LA DEMOCRACIA Y EL DESARROLLO

Por H. C. F. MANSILLA

SUMARIO

I. PRELIMINARES.—II. LAS AMBIGÜEDADES DE LA MODERNIDAD.—III. LAS AMBIVALENCIAS DE LA DEMOCRACIA.—IV. LAS AMBIVALENCIAS DEL DESARROLLO.—V. LO PROBLEMÁTICO DEL POSTMODERNISMO.

I. PRELIMINARES

En el área latinoamericana el debate en torno al postmodernismo no ha concitado la misma atención que en las sociedades altamente desarrolladas del Norte. En el Nuevo Mundo los enfoques y las teorías postmodernistas han sido discutidas en las esferas del arte y la literatura, pero aun no han fructificado el campo de las ciencias sociales y el terreno de los valores colectivos de orientación. «¿Para qué nos vamos a andar preocupando por la postmodernidad —se preguntó Néstor García Canclini— si en nuestro continente los avances modernos no han llegado del todo ni a todos?» (1). Según este autor, América Latina carecería de los rasgos distintivos de la modernidad, como una industrialización sólida, un ordenamiento sociopolítico basado en la racionalidad formal y material y un espacio público democrático. En contra de esta popular aseveración se puede sostener que lo moderno en estas tierras no es únicamente «una máscara, un simulacro urdido por las elites y los aparatos estatales» (2), sino un elemento esencial de la nueva identidad colectiva (3) —fundada en la consecución del progreso material de acuerdo con los parámetros

(1) NÉSTOR GARCÍA CANCLINI: «¿Modernismo sin modernización?», en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. LI, núm. 3 (julio-septiembre 1989), pág. 163. Cf. HENRY PEASE GARCÍA: *La izquierda y la cultura de la postmodernidad*, en *Proyectos de cambio. La izquierda democrática en América Latina*, Caracas, Nueva Sociedad, 1988, pág. 166: «¿Cómo hablar de postmodernidad desde el país donde surge Sendero Luminoso, que tiene tanto de premoderno?»

(2) GARCÍA CANCLINI: *ibid.*, cit. Cf. también NÉSTOR GARCÍA CANCLINI: *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo, 1990; NICOLÁS CASULLO (comp.): *El debate modernidad-postmodernidad*, Buenos Aires, Puntosur, 1989; JUAN JOSÉ SEBRELI: *El asedio a la modernidad*, Buenos Aires, Sudamericana, 1991.

(3) Acerca de la temática de la identidad colectiva, cf. la excelente compilación de ANÍBAL ITURRIETA: *El problema de la identidad en las sociedades iberoamericanas. Unidades y diversidades*,

evolutivos originados en las naciones metropolitanas del Norte— y que, sin duda alguna, ya representa una característica principal de sociedades que denotan un alto grado de urbanización e industrialización, el cual sólo puede ser calificado de insuficiente o mediocre si es evaluado por comparación con los países más adelantados a escala mundial, es decir mediante criterios exógenos. La larga pertenencia al ámbito civilizatorio occidental, el nivel ciertamente elevado de producción y consumo alcanzado entretanto y la conformación actual de la consciencia colectiva, centrada en la imitación de los modelos metropolitanos, constituyen factores sustanciales que confieren a América Latina un grado bastante notable de modernización dentro del contexto del Tercer Mundo. No se puede negar que estas sociedades están inmersas en un enorme esfuerzo por conseguir, en un lapso de tiempo relativamente corto, los caracteres distintivos atribuidos habitualmente a la modernidad, la cual encarna, en la consciencia intelectual latinoamericana, cualidades casi exclusivamente positivas y deseables.

Este estado de cosas, cuyo rasgo distintivo es un optimismo algo ingenuo, ha provocado hoy en día una crítica radical de los valores normativos de orientación (la modernidad) y un análisis del camino a recorrer para obtener tal objetivo (el proceso de modernización). La inserción de los enfoques postmodernistas debe ser considerada como el razonable intento de poner en cuestionamiento los fines mismos de la civilización moderna, después de que sus deficiencias e imperfecciones empiezan a ser percibidas como elementos primordiales e inevitables de la misma por una porción importante de la consciencia intelectual. En esto residen básicamente la relevancia y la legitimidad de los teoremas postmodernistas. La investigación de los presupuestos y de las metas normativas de la modernidad tiene obviamente una dignidad superior a la crítica de los modelos y las vías para lograr tales metas. Resulta, por tanto, insuficiente aquel ensayo que dirige su potencial analítico hacia los decursos de modernización, pero que excluye la modernidad en cuanto paradigma evolutivo, mediante el argumento de que el desencanto actual de los intelectuales latinoamericanos tendría que ver sólo con las sendas específicas de la modernización y no con los valores fundamentales de la modernidad (4).

No es casual el hecho de que haya surgido un número considerable de estudios que tematizan las vinculaciones entre el postmodernismo y las ciencias políticas (5)

Madrid, Centro de Estudios Constitucionales-AETI, 1986; cf. también el soporífero volumen compilado por HEINZ R. SONNTAG: *¿Nuevos temas, nuevos contenidos?*, Caracas, UNESCO-Nueva Sociedad, 1989. Cf. también FELIPE AROCENA-EDUARDO DE LEÓN (comps.): *El complejo de Próspero. Ensayos sobre cultura, modernidad y modernización en América Latina*, Montevideo, Vintén, 1993.

(4) Sobre la diferenciación ingenua entre *modernización* y *modernidad*, cf. NORBERT LECHNER: «Una pérdida de fe en el Estado», en *Mundo*, vol. 4, núm. 23 (México, julio 1990), pág. 30; cf. igualmente HAL FOSTER (comp.): *La postmodernidad*, Barcelona, Kairós, 1985.

(5) Cf. KLAUS VON BEYME: «Postmoderne und politische Theorie» (= Postmodernismo y teoría política), en *Politische Vierteljahresschrift*, vol. 30, núm. 2 (1989), págs. 209-229; ALBRECHT WELLMER: *Zur Dialektik von Moderne und Postmoderne* (= Sobre la dialéctica de la modernidad y la postmodernidad), Francfort, Suhrkamp, 1985; ANDREW ROSS (comp.): *Universal Abandon? The Politics of Postmodernism*,

y la teoría del desarrollo (6). Aunque los enfoques postmodernistas sean mucho menos originales de lo que suponen sus autores (enunciados sustanciales de esta corriente fueron anticipados por el movimiento romántico del siglo XIX, por el ala no marxista de la Escuela de Frankfurt y por los llamados Nuevos Filósofos franceses), pueden servir para examinar algunos aspectos algo descuidados por el trabajo intelectual en América Latina y para enriquecer los planteamientos relativos a los cimientos mismos del sistema civilizatorio ahora predominante en el Nuevo Mundo. Entre estos puntos se hallan:

— Una visión más favorable a la heterogeneidad sociocultural, político-ideológica y económico-productiva, lo que conlleva una indulgencia mayor hacia diferencias de todo tipo;

— un sano escepticismo frente al gobierno de las mayorías, por más que éste haya sido legitimado democráticamente, lo que incluye una revalorización de las minorías;

— una razonable desconfianza hacia los grandes sistemas de control social y, por consiguiente, hacia toda forma de tecnocracia y burocracia, por más «moderna» que éstas parezcan ser;

— un cuestionamiento de la significación positiva atribuida al desarrollo material, a los procesos de industrialización y modernización y al crecimiento económico incesante en cuanto elementos determinantes de la nueva identidad colectiva y de una evolución histórica considerada como la única lograda y popularmente aceptable (7);

— una puesta en duda de los supuestos nexos entre crecimiento económico y justicia social o entre desarrollo y democratización (8), y

Edimburgo, Edinburgh University Press, 1989; G. SPIVAK: *In Other Worlds. Essays in Cultural Politics*, Londres, Methuen, 1987.

(6) Cf. DAVID SLATER: *Theories of Development and Politics of the Postmodern. Exploring a Border Zone*, Amsterdam, Institute of Social Studies, 1991; DAVID E. APTER: *Rethinking Development. Modernization, Dependency and Postmodern Politics*, Londres, Sage, 1987; BENJAMÍN ARDITI: *Una gramática postmoderna para pensar lo social*, en NORBERT LECHNER (comp.): *Cultura política y democratización*, Buenos Aires, CLACSO, 1987, págs. 169-188; D. BOOTH: «Marxism and Development Sociology. Interpreting the Impasse», en *World Development*, vol. 13, núm. 7 (1985), págs. 761-787; J. DER DERJAN-M. J. SHAPIRO (comps.): «International-Intertextual Relations. Postmodernism and Periphery», en *Third Text*, núm. 2 (invierno 1987-1988), págs. 5-12; MARTIN HOPENHAYN: *El debate postmoderno y la dimensión cultural del desarrollo. Un esquema descriptivo*, en FERNANDO CALDERÓN (comp.): *Imágenes desconocidas. La modernidad en la encrucijada postmoderna*, Buenos Aires, CLACSO, 1988, págs. 61-68; FELIPE AROCENA: *La modernidad y su desencanto*, Montevideo, Vintén, 1991.

(7) Sobre el vínculo entre la identidad colectiva latinoamericana y la concepción de un progreso incesante, cf. el instructivo ensayo de FRANCISCO C. WEFFORT: *La América equivocada. Apuntes sobre la democracia y la modernidad en la crisis de América Latina*, en JULIO COTLER (comp.): *Estrategias para el desarrollo de la democracia en Perú y América Latina*, Lima, IEP-Fundación Friedrich Naumann, 1990, pág. 37.

(8) Algunas de estas ilusiones acerca de la necesaria conciliación entre democracia y desarrollo material sostenido, conjuntamente con una visión sólo positiva de tasas altas (y crecientes) de produc-

— un énfasis mayor en la inconmensurabilidad de los fenómenos sociales y culturales, en la índole contingente y aleatoria de los procesos históricos y políticos y finalmente en la naturaleza autónoma (así sea parcialmente) de muchas áreas y subsistemas del quehacer humano (9).

Reflexiones y teoremas asociados habitualmente al postmodernismo pueden contribuir a conocer mejor una realidad humana que no se adecúa —o sólo trabajosamente— a las nociones científicas y a las leyes evolutivas elaboradas en los llamados centros metropolitanos. Se trata en el caso de América Latina de un mundo social que de acuerdo a aquellas concepciones parece mal estructurado, lleno de fracturas y contradicciones, signado por un desenvolvimiento tortuoso y, a veces, simplemente incomprensible. Sobre todo el actual estado de cosas, agravado por una crisis persistente, es visto como un escenario de caos generalizado, el cual englobaría «un bloqueo de las perspectivas», «un sentimiento de pérdida del futuro», «una dinámica del desorden», «una ruptura del consenso social», una «degradación de los grandes sistemas» y, por ende, «una nueva Edad Media» (10). Necesitamos, entonces, una lógica que nos permita vislumbrar lo negativo o, por lo menos, lo equívoco en las imágenes convencionales que aparentemente encarnan aun hoy lo positivo para la consciencia intelectual latinoamericana: la dinámica del orden, los decursos históricos claros y previsibles, el consenso social intacto, el futuro como algo seguro y al alcance de la mano, la validez imperturbable de los grandes sistemas teóricos y una Era Moderna libre de las incertidumbres y sorpresas de la vilipendiada Edad Media. En la situación presente parece indispensable un enfoque intelectual que nos haga digerible la idea de que los procesos históricos se caracterizan por sus discontinuidades y no por sus claras líneas ascendentes, por la superposición de diversos y contradictorios estadios económicos, políticos y culturales y no por etapas delimitadas y concatenadas entre sí de modo evidente. Además toda evolución lleva muy probablemente una alta dosis de mixturas insólitas, compromisos confusos y salidas inesperadas, aparte de influencias e imposiciones provenientes de otras culturas más exitosas o mejor organizadas militarmente, de tal manera que resulta impropio el calificar un período histórico de inauténtico (11), por el mero hecho de que no

ción, productividad, ingresos y, en general, de la modernización tecnológica, se hallan en NORBERT LECHNER: *Prólogo*, en LECHNER (comp.): *Capitalismo, democracia y reformas*, Santiago de Chile, FLACSO, 1991, págs. 11 y 16; EDGARDO BOENINGER KAUSEL: *Introducción*, en *ibid.*, págs. 20 y 24.

(9) Sobre estos procesos de *autopoiesis*, cf. KLAUS VON BEYME: *op. cit.* (nota 5), pág. 225; en torno a la diferencia entre una razón liminar (orientada según reglas y principios generales) y una razón de la ocasión y la oportunidad, cf. *ibid.*, pág. 222.

(10) FRANCISCO C. WEFFORT: *op. cit.* (nota 7), págs. 30, 36 y sigs.; 41 y 49. Es superfluo el mencionar el hecho de que la Edad Media fue en realidad algo totalmente diferente de lo imaginado por la historiografía racionalista y marxista; no constituyó un período evolutivo claramente definible y menos todavía uno signado exclusivamente por la barbarie y el oscurantismo. Entre los rasgos discernibles en aquellos tiempos se hallan un grado afortunadamente reducido de disciplinamiento social, una notable diversidad de modelos socioeconómicos y político-institucionales y la prevalencia de valores colectivos de orientación divergentes entre sí.

(11) JOSÉ JOAQUÍN BRUNNER: *Tradicionalismo y modernidad en la cultura latinoamericana*,

satisface los requerimientos que en un momento dado se consideran como imprescindibles para una identidad colectiva bien lograda —cosa que afortunadamente nunca ha existido—, requerimientos que, como se sabe, tienen un índole cambiante y hasta caprichosa según las modas ideológicas del día.

Por todo esto parece conveniente el renunciar a definiciones normativas de la identidad social y a todas las leyes y lógicas de la historia y, en cambio, concebir el campo de la praxis humana como una amalgama de los elementos más dispares, como un campo donde no hay líneas prefijadas de desenvolvimiento y donde la evolución efectiva depende de constelaciones inestables y hasta impredecibles de los factores más diversos, constelaciones que, empero, ofrecen genuinas oportunidades para los intentos de modificar o reconstruir el tejido social en forma autónoma. Ya que todos los designios y propósitos de los mortales en pro de alterar o mejorar su entorno sociopolítico chocan habitualmente contra un sinnúmero de obstáculos y dificultades, no es —o no debería ser— de extrañar que el desarrollo histórico exhibe muy a menudo la imagen de discontinuidades, retrocesos, repeticiones y desaciertos. Una visión crítica podría percibir en ellos factores posibilitantes de innovaciones en las esferas de la convivencia social por más modestas que estas resultasen, evitando así los extremos del pesimismo histórico clásico (12) —que estima la historia universal como una mera sucesión de hechos luctuosos— y del optimismo doctrinal, que ve en ella la acción benéfica de leyes inexorables y, por consiguiente, de líneas ascendentes de progresividad general. Una concepción crítica del carácter esencialmente fragmentario de la evolución humana mantiene una reserva escéptica con respecto a los grandes edificios teóricos que se distinguen por su sistematicidad y su carencia de contradicciones internas; lo más interesante y original de las creaciones intelectuales reside probablemente en sus inconsecuencias y fracturas, en sus dilemas y preguntas, y no tanto en sus pasajes convincentes, en su argumentación metódica o en sus conclusiones normativas. Los grandes sistemas tienden a dilatar el alcance de sus resultados y teoremas, que luego son convertidos en enunciados de naturaleza universal y validez definitiva; los estudios de naturaleza interina e inconclusa se acercan más al carácter relativo del pensamiento y la acción humanas, tomando en cuenta que casi todo conocimiento, incluyendo necesariamente el científico, parece ser parcial o precario (13). Este contexto de provisionalidad es el que, paradójicamente, posibilita una reflexión y una actuación colectivas más favorables

Santiago de Chile: FLACSO, 1990, pág. 28. Cf. también BRUNNER: *El espejo trizado. Ensayo sobre cultura y políticas culturales*, Santiago: FLACSO, 1989; BRUNNER-GONZALO CATALÁN: *Cinco estudios sobre cultura y sociedad*, Santiago: FLACSO, 1985; BRUNNER: *Modernidad, democracia y cultura*, en GONZALO MARTNER (comp.): *Chile hacia el 2000*, Caracas: Nueva Sociedad-PROFAL, 1988. Sobre Brunner, cf. ENRIQUE GOMÁRIZ: *Modernidad y cultura en América Latina: una discusión con José Joaquín Brunner*, Santiago: FLACSO, 1991.

(12) EDWARD GIBBON: *The Decline and Fall of the Roman Empire* (compilación de Frank C. Bourne), Nueva York, Dell, [1963, pág. 72: «[History] is, indeed, little more than the register of the crimes, follies, and misfortunes of mankind».

(13) Cf. KARL JASPERS: *Max Weber*, Munich, Piper, 1988, págs. 82 y 86.

hacia planteamientos ecologistas y hacia un examen más sobrio de la problemática demográfica y de los recursos naturales. Precisamente fuera de la obligatoriedad de las leyes evolutivas y del progreso incesante, se abren oportunidades para un tratamiento pormenorizado y desapasionado de las amenazas provenientes de los desarreglos del medio ambiente y del crecimiento poblacional y para la inclusión de un horizonte *ético* en todo análisis de cuestiones de desarrollo (14). La dimensión moral sólo puede desplegarse si la actividad humana no es constreñida a someterse a decursos históricos prefijados por leyes históricas infalibles y si se le concede también la oportunidad de equivocarse. Finalmente el abandono de la perspectiva teleológica y la pérdida de fuerza normativa y paradigmática de parte de las metrópolis mundiales pueden promover una visión que realce las especificidades de cada desenvolvimiento regional y nacional, sin que cada sociedad del Tercer Mundo se sienta compelida por la manía de comparar su desarrollo y su desempeño con los resultados obtenidos por las naciones del Norte. Enfoques postmodernistas pueden contribuir a reducir la influencia del eurocentrismo (15) y, simultáneamente, a limitar la significación del antropocentrismo: la naturaleza dejaría de ser una mera cantera para los designios humanos, lo que, después de todo, mejoraría la situación de los recursos naturales a largo plazo.

II. LAS AMBIGÜEDADES DE LA MODERNIDAD

La crítica de la modernidad moldeada por Occidente e imitada por América Latina constituye uno de los senderos más convenientes para superar el eurocentrismo y, al mismo tiempo, para captar todos los riesgos y peligros adherentes al antropocentrismo, máxime si la mayoría de los problemas que aquejan a los procesos de industrialización y urbanización del Nuevo Mundo fue anticipada por la historia europea. Ahora bien, el elemento ilusorio contenido en todo ensayo de desarrollo acelerado de modo premeditado tiene que ver con la confusión tecnicista nacida de la Ilustración y del Racionalismo: la dominación de la naturaleza externa y la domesticación de los instintos del Hombre (la naturaleza interna) son concebidas como tareas factibles, fáciles y sin efectos colaterales negativos, complementadas por el carácter presuntamente planificable de la historia planetaria y regional. Estos tres elementos conforman la base de una utopía social y política (16), la cual presupone que la historia es un mero laboratorio, que los pueblos constituyen un objeto

(14) Cf. el importante ensayo de DAVID A. CROCKER: «Toward Development Ethics», en *World Development*, vol. 19, núm. 5 (1991), págs. 457-483.

(15) Cf. HOWARD J. WIARDA: *Toward a Non-Ethnocentric Theory of Development: Alternative Conceptions from the Third World*, en CHARLES K. WILBER (comp.): *The Political Economy of Development and Underdevelopment*, Nueva York, Random, 1988.

(16) Sobre esta tematica, cf. REINHART KOSELLECK: *Kritik und Krise. Eine Studie zur Pathogenese der bürgerlichen Welt* (= Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogenia del mundo burgués), Francfort, Suhrkamp, 1973, *passim*.

de experimentación y que los asuntos humanos representan problemas de orden técnico, manejables por una lógica cuantificable, objetivizante, nivelizadora, dirigida hacia las metas de la planificación, el control, la homogeneización y hacia la utilización inmediata. Una sociedad desestructurada, un estado de cosas caótico y la validez simultánea de varios códigos de valores y orientaciones emergen como los mayores males sociales, como enemigos del «progreso histórico» y como fuente de miedo y hasta terror colectivos. La razón instrumentalista ve allí un notable campo de acción y una tarea casi sagrada: transformar el desorden en algo coherente, regulado, organizado y —obviamente— bien encaminado, algo que se deje clasificar según el principio de rendimiento y eficiencia.

No es necesario insistir aquí en la descripción de los fenómenos de alienación, constitutivos de la Era Moderna y reproducidos, a veces con mayor intensidad, en tierras del Nuevo Mundo. Desde la crítica clarividente de Joseph de Maistre y del Vizconde de Bonald a las consecuencias del temprano orden burgués hasta los estudios contemporáneos en torno a una amplísima gama de modos de enajenación de todo tipo, la crítica al capitalismo, a la hiperurbanización y a la deshumanización de las relaciones sociales ha acumulado una impresionante masa de teorías y testimonios acerca de los resultados nada beneficiosos asociados a la modernidad occidental. La obra filosófica de Karl Marx ha sido fundamental para agudizar nuestro sentido crítico en torno a las multifacéticas consecuencias del sistema capitalista. Todos estos aspectos muy conocidos de la problemática no pueden ser recapitulados aquí, pero no es del todo inútil reiterar que el entusiasmo por la modernidad, encarnado en muy diversos actores sociopolíticos de la actualidad latinoamericana y celebrado por los más brillantes intelectuales del Nuevo Mundo, tiende lamentablemente a desaprovechar esta larga experiencia histórico-práctica y teórico-literaria. El comprensible rechazo del legado del oscurantismo premoderno, el repudio de la irracionalidad proveniente de la cultura política del autoritarismo, la condena del caudillismo, prebendalismo, patrimonialismo y de otras costumbres heredadas de orígenes precolombinos, coloniales y republicanos (no fructificados por la influencia de la Ilustración y el Racionalismo) y la reprobación de modelos socioculturales opuestos a la tradición liberal-democrática de Occidente, presentan factores ciertamente positivos y saludables dentro del quehacer intelectual latinoamericano. Pero la mayoría de los científicos sociales y políticos que se adscriben a esta corriente —consagrada a celebrar la transición a la democracia— restringen su crítica a los elementos indudablemente negativos de la tradicionalidad y promueven *volens volens* una visión apologética de la modernidad capitalista. Su impugnación del régimen castrista es por ejemplo, totalmente justificada (es difícil imaginarse un ordenamiento más irracional, tradicionalista e inhumano que los socialismos del Tercer Mundo), pero cercenan el espíritu crítico al excluir del análisis científico las secuelas que emanan de la fascinación por el progreso material incesante.

En este contexto no es necesario referirse al universo de la alienación y de los otros aspectos relativamente nefastos vinculados con la civilización industrial, pero no es superflua una mención cursoria con respecto a algunas de sus consecuencias

en la esfera política y cultural. La actitud fundamental acrítica ante el desarrollo marcado por la tecnología impide aprehender los efectos derivables de aquél sobre el terreno extraeconómico: las relaciones sociales llegan a ser consideradas como meras extrapolaciones de procesos técnicos que, en cuanto tales, tendrían un carácter totalmente objetivo, es decir una obligatoriedad fundada en leyes y fuerzas naturales, no influibles por la voluntad humana. La tecnologización de la praxis social deja, por consiguiente, poco margen para un genuino análisis y cuestionamiento de las políticas públicas y menos para una definición de las mismas a partir de un debate abierto y de una toma democrática de decisiones. La tendencia a percibir un notable avance en igualar la política (y otras actividades) a la técnica proviene, en el fondo, de una tecnofilia ingenua, muy difundida en todo el ámbito latinoamericano, que conoce poco del espíritu *científico*, inspirado por la crítica de lo existente, y que sobrevalora los aspectos meramente *técnicos* del desarrollo. Esta tecnofilia se arroga la facultad de diferenciar entre atraso y progreso, entre tradicionalidad y modernidad y por ende, entre una evolución detestable y un desarrollo reputado como positivo y valioso. Esta posición es indiferente ante la dimensión democrática y conlleva igualmente el riesgo de que el extenso campo de las emociones y las pasiones, incluyendo las estéticas y las eróticas (17), se transforme en algo normado por los requerimientos «objetivos» del desenvolvimiento técnico-económico. Por otra parte, es posible que los procesos de tecnificación vayan acompañados por una racionalización de los nexos sociales, pero no para hacerlos *razonables*, sino para cuantificarlos y controlarlos mejor. Una mayor transparencia de estas relaciones trae también consigo, como ahora se sabe, una reducción de la privacidad, un menoscabo de la libertad interior y una atrofia en la capacidad de juicio; sin una clara distinción entre lo público y lo privado y sin una protección estable de lo último, crece el peligro de un conformismo generalizado, fomentado por las tendencias de un igualitarismo bastardo que no es extraño al avance impetuoso de una modernidad imitativa. La tecnificación coadyuva a la homogeneización de toda la sociedad, y propende más bien a diluir las identidades (regionales y personales) diferenciadas y a hacer superfluas la noción de responsabilidad y la de culpa, la concepción de creatividad original y la idea de la singularidad del ser humano. En este marco no pueden florecer ni la espontaneidad ni la amistad desinteresada, ni la vida interior ni el ocio productivo; la expansión del trabajo estrictamente normado y la pérdida de un sentido trascendente son indemnizadas ahora por medio de compensaciones monetarias y por la fabricación de necesidades artificiales y espurias.

La añoranza por la solidaridad inmediata expresa probablemente la necesidad de relaciones personales dentro de contextos sociales relativamente pequeños, en los cuales vivió la humanidad durante miles de años antes del surgimiento de la actual

(17) Esta tendencia del desarrollo fundamentado en una tecnología desenfundada fue anticipada por la brillante novela *Nosotros*, de EVGENIJ ZAMJATIN (precursora de las «utopías negras» de Aldous Huxley y George Orwell), en la cual se muestran también las consecuencias monstruosas de una transparencia total y de la abolición de la privacidad.

sociedad moderna, anónima, altamente urbanizada y mecanizada. El hombre de hoy, obligado a desempeñar diferentes roles en medios cambiantes, despersonalizados y formalizados, dispone de pocos nexos que le puedan brindar aun calor, amistad, comprensión y apoyo sin dilaciones burocráticas, sin cálculos egoístas y sin la exigencia de rendimientos equivalentes. La alienación central de la vida moderna reside en la imposibilidad de combinar un nivel elevado de productividad técnica con la estabilidad emocional y psíquica que predomina en las sociedades preindustriales. La fascinación que ejercieron la obra de Karl Marx y los intentos por construir el socialismo se ha debido, como lo señaló Werner Becker (18), a la promesa explícita del marxismo de hermanar ambos fenómenos: la sociedad perfecta sería aquella que conciliara los logros técnico-económicos de la civilización industrial —basada en la división del trabajo, en la especialización de roles y en la alta productividad y el egoísmo generados por la competencia irrestricta— con la ética altruista y la solidaridad inmediata propias de la tradicionalidad. A esta última pertenecería la vida cotidiana en comunidades relativamente pequeñas, en las cuales los nexos sociales poseían un claro carácter personal y donde cada persona gozaba de la seguridad de saber cuál era su lugar dentro de una jerarquía duradera y fácilmente conocible. La nostalgia que se siente en medio de la civilización industrial por los más diversos rasgos del mundo premoderno conformaría, según Becker (19), una deficiencia antropológica permanente de la modernidad, que sería ineludible e inextinguible —habría que aprender a convivir con ella—. En nuestro siglo todos los intentos de extirparla habrían acabado en sangrientas dictaduras. La pérdida de solidaridad, calor y sentido trascendente constituiría el precio inevitable que hay que pagar por las libertades contemporáneas, por el individualismo anónimo y por los éxitos técnico-económicos de nuestra era industrial.

A la modernidad pertenece también el mérito de haber exaltado hasta límites irrazonables el valor del ascetismo intramundano y de las labores asalariadas, identificándolas con la presunta marcha ascendente del progreso material y degradando al mismo tiempo la significación de otros quehaceres humanos y especialmente del odio (20). Esta corriente, iniciada y santificada por el protestantismo y la fe calvinista, ha conducido a anular los últimos elementos de espontaneidad y juego en el trabajo humano y a transformar este último en uno de los prerrequisitos del curso lineal del desarrollo histórico, que se desenvuelve a pesar de los sufrimientos indi-

(18) WERNER BECKER: *Elemente der Demokratie* (= Elementos de la democracia), Stuttgart, Reclam, 1985, pág. 135.

(19) *Ibid.*, págs. 135 y sigs. Cf. también el importante ensayo de FRANZ KOLLAND: «“... und die Kultur tötet den Mythos”. Fortschritt und Begrenzung im Entwicklungsprozess» (= «...y la cultura mata al mito». Progreso y limitación en el proceso de desarrollo), en *Journal für Entwicklungspolitik*, vol. VI, núm. 3 (1990), págs. 25-35.

(20) Sobre esta temática, cf. la curiosa obra del yerno de Marx, PAUL LAFARGUE: *Das Recht auf Faulheit* (= El derecho al ocio), Francfort, EVA, 1966, *passim*, y la incisiva crítica de FRIEDRICH NIETZSCHE: *Der griechische Staat* (= El Estado griego), en NIETZSCHE: *Studienausgabe* (= Edición de estudio), compilación de Hans Heinz Holz, vol. I, Francfort, Fischer, 1968, págs. 127 y sigs.

viduales. (Aunque el hecho es muy conocido, no está demás recordar que las principales teorías evolutivas de la Era Moderna, entre las cuales la hegeliana es el ejemplo más claro, se inclinan a cohonestar el dolor individual y el padecimiento colectivo como si éstos fueran parte indispensable del gran plan de la providencia histórica; contribuyen, como lo postuló Hegel, a hacer más soportable el destino mediante el conocimiento de la inevitabilidad del decurso histórico, pero no dan demasiadas luces para un comportamiento práctico adecuado y plausible. A pesar de su índole a veces revolucionaria, como en el caso del marxismo, estas concepciones exhiben paradójicamente una relación equívoca y tortuosa con la praxis al no reconocer ni la relevancia ni la autonomía de la esfera política (21), que es básicamente la del azar y la contingencia.)

La modernidad ha desgarrado la antigua unidad, formada orgánicamente a lo largo de siglos, entre la creación cultural y la vida económica y, por tanto, entre el artista y su entorno social; ahora los «productos» del ámbito cultural ya no surgen de la armonía entre los creadores del arte y la literatura y su contexto histórico-político, sino de los conflictos originados por la discordancia entre ambos lados. Los fenómenos de alienación aparecen así como la fuente fructífera de la inspiración intelectual y artística. Sería evidentemente una necedad negar el rol decisivo de los factores enajenantes para todo el terreno de la ciencia, el arte y la literatura, pero después de experimentar también el papel destructor de la modernidad, no es del todo inútil mencionar que el proceso continuado de modernización puede soterrar las experiencias, las obras y los conocimientos humanos derivables de la espontaneidad, la sensualidad, la comunión con la naturaleza, la intuición y la celebración de la materia elemental, es decir de todo aquel rico fondo configurado por el Hombre en cuanto parte de la naturaleza (22), y no en cuanto dominador de la misma.

La vida social moderna, inmersa en perennes procesos de alienación, no ofrece una base sólida para la conformación de identidades colectivas duraderas y creíbles (23), y no menos aun en los países del Tercer Mundo, donde el carácter imitativo de los esfuerzos y de los resultados modernizantes ha producido un orden social híbrido, aceptado con renuencia y desconfianza crecientes por una porción conside-

(21) Cf. JÜRGEN HABERMAS: *Nachwort* (= Epílogo), en G. W. F. HEGEL: *Politische Schriften* (= Escritos políticos), Francfort, Suhrkamp, 1966, págs. 353-359.

(22) Cf. JEAN-PAUL SARTRE: *Orfeo negro*, en SARTRE: *La república del silencio*, Buenos Aires, Losada, 1965, págs. 145-181. Sartre llamó la atención sobre los muy positivos aspectos premodernos de la poesía de la *négritude* (Léopold Sédar Senghor, Aimé Césaire, etc.). Mientras el blanco *conocería* las herramientas, los poetas negros *comprenderían* «la esencia de las cosas», la vida en su integridad.

(23) NORBERT LECHNER: *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*, Santiago de Chile, FCE, 1990, pág. 157: «[...] tal vez el problema central de la sociedad moderna sea asegurarse de su identidad, o sea cerciorarse de "sí misma", en tanto sociedad. [...] Sin escapatoria posible, la sociedad moderna está inexorablemente autorreferida. Ello explica tanto la dinámica incesante con la que intenta identificarse a sí misma como la sensibilidad extrema con que reacciona a toda amenaza eventual de su auto-imagen». Sobre esta temática, cf. la interesante obra de H. P. MÜLLER y col.: *Kulturelles Erbe und Entwicklung: Indikatoren zur Bewertung des soziokulturellen Entwicklungsstandes* (= Herencia cultural y desarrollo: indicadores para la evaluación del desarrollo sociocultural), Munich, Weltforum, 1990.

table de la población. La modernidad puede ser calificada como un proceso continuo de desencanto. No hay duda de que este desenvolvimiento, por más triste y arduo que se manifieste para muchos grupos e individuos, ha sido altamente beneficioso para la formulación de las teorías contemporáneas de la democracia y para la instauración de regímenes democráticos. Son éstos órdenes *producidos*, y no *recibidos* como los tradicionales (24). Los primeros no tienen ya ningún fundamento metafísico o religioso; ninguna doctrina trascendente, ningún credo sedimentado y legitimizado por siglos garantiza su bondad intrínseca, su arraigo en la población o su buen funcionamiento institucional. Debido a la permanente discusión y al cuestionamiento de sus principios y normas, los ciudadanos de estos órdenes producidos suponen que estos no gozan de la adecuada estabilidad y persistencia, aunque justamente el debate incesante los hace más flexibles, más adecuados a una realidad cambiante y, a la larga, más resistentes en una era donde las alteraciones de todo tipo conforman lo cotidiano. Pero los habitantes de los llamados órdenes producidos advierten a menudo que no pueden identificarse del todo con un sistema social en transformación constante, que no les brinda seguridad emocional; las políticas públicas emergentes del modelo democrático adoptan habitualmente el carácter de resultados aleatorios de conflictos oscuros y muchas veces fortuitos. Es comprensible entonces que la población tenga dificultades para identificarse con un ordenamiento social que ha cortado sus vínculos centrales con tradiciones seculares y que fácticamente debe renovarse ininterrumpidamente. «Cuanto más productores somos del orden social —escribió Norbert Lechner—, más nostalgia sentimos de aquella veneración absoluta del orden concebido como un estado de cosas radicalmente sustraído a nuestra disposición, pero que, en cambio, nos asegura un lugar firme en su seno» (25). La escala de valores y normas que está asociada al orden recibido es aceptada sin prevenciones ni dudas y otorga, por consiguiente, una cierta paz espiritual, además de asegurar la cohesión social. El orden producido es, por el contrario, un conjunto más o menos casual y precario de concepciones, prácticas e instituciones sometidas sin cesar a modificaciones o, por lo menos, a cuestionamientos, lo que dificulta todo nexo emocional más o menos estable con ellas. El reconocerse en el orden producido se hace tanto más improbable cuanto más inesperadas y hasta amenazadoras se vuelven las secuelas del orden producido, como sus cambiantes políticas públicas. «En tanto que el orden que recibimos es a la vez un destino que nos acoge, el orden que producimos deviene un futuro que se nos escapa» (26). El orden producido tiene muchas más posibilidades de desarrollo y auto-constitución porque no acepta el contexto de origen como un destino ineludible e intransformable, sino como una base de partida para ensayar nuevos desarrollos, modelos alternativos y soluciones inéditas. Pero el precio a pagar por esta libertad de la era

(24) LECHNER: *ibid.*, pág. 126; MARCEL GAUCHET: *Le désenchantement du monde*, París, Gallimard, 1985, *passim*.

(25) LECHNER: *ibid.*, pág. 127 (siguiendo un argumento de Marcel Gauchet).

(26) *Ibid.*, pág. 127.

moderna es el desamparo, la falta de algo que dé sentido al conjunto de los esfuerzos y de los sueños de la colectividad.

III. LAS AMBIVALENCIAS DE LA DEMOCRACIA

En la actualidad se puede constatar en América Latina una sana reacción contra los enfoques marxistas, dependentistas y nacionalistas que veían en la democracia sólo un refinado mecanismo dominacional de la «burguesía», un mero formalismo de carácter transitorio y una vía equivocada de desarrollo institucional que se alejaba de la genuina democracia popular y sustantiva. La superación de estas falacias, interesadas en preservar un orden esencialmente autoritario, jerárquico e iliberal, exhibe, sin embargo, problemas derivados también de una comprensión parcializante de la democracia, que es la sustentada por no pocos propagandistas de la economía de mercado y de la modernización occidentalista. Muchos de ellos celebraban hasta hace poco las bondades insuperables del marxismo teórico y del socialismo práctico, y ahora se dedican a elogiar, de modo igualmente acrítico, una democracia representativa asociada a un liberalismo económico irrestricto, a la cual se le atribuye exclusivamente aspectos positivos y promisorios. Así como antes creían en la función redentoria de la revolución socialista, ahora confían ingenuamente en que los intentos de democratización y modernización transformarán a América Latina en un Extremo Occidente (27), es decir, en un conjunto de naciones comparables a largo plazo a las envidiadas naciones metropolitanas. Esta actitud fundamentalmente apologética con respecto al doble proceso de modernización y democratización tiene que ver con la tradición imitativa y carente de verdadera originalidad que se viene arrastrando desde los días coloniales; los productos del Norte —así se trate del socialismo más dogmático o del liberalismo más ramplón— son aceptados de una manera bastante necia, si es lo que prescribe la moda del momento.

Lo que predomina en América Latina es una mezcla de jacobinismo relativo a la dimensión política con una visión tecnocrática de la modernización: así como ésta es percibida en cuanto la difusión de una racionalidad instrumentalista, el sistema democrático es considerado positivo si asegura un grado elevado de centralismo (el anhelo irrenunciable de gobernantes, burócratas y planificadores), la atomización de los ciudadanos frente al poder estatal (la abolición de los poderes intermediarios y de otros resabios del legado «feudal») y la legalización del poder supremo mediante el voto de las masas adoctrinadas (las elecciones como método para justificar la rotación de élites). En este contexto, la acción de gobierno de parte de los ilumina-

(27) Esta denominación fue popularizada por ALAIN ROUQUIÉ: *América Latina. Introducción al Extremo Occidente*, México, Siglo XXI, 1989. El concepto fue acuñado originalmente por Arnold J. Toynbee para referirse a la civilización de Irlanda a comienzos de la Edad Media, brillante pero efímera, abortiva e impedida en su desarrollo en una fecha muy temprana por su aislamiento geográfico. Cf. A. J. TOYNBEE: *A Study of History*, compilación de D. C. Somervell, Londres, Oxford University Press, 1962, págs. 154 y sigs.

dos, que interpretan y, por tanto, detentan la voluntad general, consiste en dirigir desde arriba la utilización eficiente y exhaustiva de los recursos, fijar las metas normativas del desarrollo y determinar las políticas públicas. Mientras que así la democracia se reduce ciertamente al respeto de las reglas de juego y a la celebración de elecciones, se populariza una concepción instrumentalista y tecnocrática de la praxis, que se manifiesta en igualar los recursos humanos a los naturales, doctrina que es complementada por el designio bien intencionado de obligar a la población a ser feliz según los cánones gubernamentales. Concuerdando finalmente con esta noción de democracia el intento de uniformar toda la sociedad respectiva, el que fue anticipado por los jacobinos mediante la liquidación de los llamados poderes intermedios y la abolición de la autonomía de las provincias francesas, dispares entre sí, que se habían formado orgánicamente a lo largo de siglos. Esta diversidad institucional fue reemplazada por departamentos equivalentes en población y superficie, desconectados de toda vinculación histórica (empezando por sus nuevas denominaciones asépticas) y creados por un plumazo soberano del gobierno en París con el fin de adecuar las regiones a los planes presuntamente racionales y armónicos de desarrollo nacional urdidos por las instancias centralizadoras.

Enfoques asociados al postmodernismo pueden servir para relativizar este y otros propósitos tecnocráticos. Hoy en día se hace imprescindible, por ejemplo, una concepción crítica de la democracia, que ponga al descubierto sus muchas limitaciones e insuficiencias y que restrinja las variadas ilusiones que necesariamente despierta en el gran público. La democracia en cuanto mecanismo de la modernidad secularizada puede exhibir un buen desempeño funcional, pero no está en condiciones de responder a las «demandas de certidumbre» (28) que plantea toda sociedad, especialmente aquella que ya no dispone ni de un credo aceptado por todos los sectores ni de valores supraindividuales de orientación compartidos por la mayoría de los ciudadanos y, por ende, sustraídos del conflicto político y de las controversias ideológicas. Un sistema altamente pluralista es *per se* un orden social que carece de un principio de legitimización sustentado por todos; sus pautas de comportamiento, sus lineamientos políticos y sus valores éticos y estéticos están sometidos permanentemente a un escrutinio crítico y a fuerzas centrífugas en constante cambio, adoptando en realidad el carácter de modas pasajeras. Estas no pueden obviamente conformar una religión secularizada, con el resultado de que la democracia moderna no puede brindar la seguridad emocional y los principios de una legitimidad colectiva de índole sustantiva, universal, objetiva y, simultáneamente, racional. El intento del marxismo de crear sociedades basadas en tal fundamento puede ser considerado como fracasado y, además, como anticuado, puesto que este designio corresponde al ideal de la filosofía clásica.

Un ordenamiento que ya no posee normas legitimatorias de validez general y que, al mismo tiempo, cuenta con un sistema político democrático, tiende a percibir las elecciones y los plebiscitos como el único procedimiento para elucidar lo que es

(28) LECHNER: *Los patios...*, cit. (nota 23), pág. 146.

bueno, conveniente y deseable para el conjunto de la sociedad. Dicho de otra manera: desaparece la idea clásica del *bien común*, de una justicia genuina y de una verdad liminar que estén encamadas en el núcleo y en los fines del orden social. En su lugar emerge la probabilidad bien prosaica de que cada nueva elección puede traer consigo normativas de corto aliento y de naturaleza deleznable por un período de pocos años. En las democracias modernas ya no se trata de realizar una praxis concordante con los grandes ideales del humanismo en torno a la convivencia de los mortales, sino de restringir el poder de la elites gobernantes de acuerdo a ciertas reglas de juego y de establecer algunas directivas para la siguiente etapa gubernamental, directivas que emergen de elementos aleatorios (cual una negociación entre partidos contendientes en un Parlamento sin mayorías claras) y cambiantes (como las decisiones del electorado). El quehacer político pierde así todo vínculo con una verdad sustancial allende la confrontación de intereses sectoriales; la democracia adopta el carácter de un mero mecanismo para el control y contrapeso mutuo de los poderes del Estado, haciendo —afortunadamente— hincapié en la instauración de espacios privados e íntimos que no deben ser afectados por imposiciones de las mayorías ni por actos de la Administración estatal.

En lugar de la constatación de la voluntad popular, que por cierto suele resultar una mezcla de estulticia y mediocridad, la actividad política contemporánea se limita a una pugna de intereses individuales y grupales, cuya «verdad» es el resultado de un arreglo provisional o de un acto decisionista de una mayoría contingente. La legitimidad del orden establecido y de los gobiernos respectivos se transforma en la legalidad que emana del respeto formal a procedimientos y estatutos válidos en un momento dado. Según Werner Becker (29), no ha habido ni habrá formas estatal-políticas de convivencia humana que puedan ser consideradas como la aplicación práctica de concepciones racionalistas; el fundamento de la democracia es, en el fondo, la casualidad (30). Valores trascendentes de orientación serían ilusiones —socialmente necesarias—; lo que importa es un conjunto de normas y procedimientos democráticos para solucionar temporal y pacíficamente los conflictos y, paralelamente, la convicción de muy dilatados grupos sociales que de todo esto conforma una amalgama doctrinal que otorga seguridad emocional a la población, más o menos cual sustitución de los viejos credos religiosos. Esta ficción sociopolítica está correlacionada con el funcionamiento del mercado: se espera que de la competencia de todos los participantes entre sí surja algo así como una dinámica colectiva favorable al conjunto de la sociedad, una «mano invisible» allende lo estrictamente económico, una identidad social que sirva para garantizar la estabilidad de la comunidad en cuestión y para dar sentido, aunque sea parcial y precariamente, a las actuaciones de sus ciudadanos.

Por las mismas razones es probable que un amplio consenso —la sustentación

(29) WERNER BECKER: *op. cit.* (nota 18), pág. 3.

(30) La última base de esta concepción estriba en un decisionismo subjetivo: después de todo, la voluntad política de un individuo es tan valiosa como la de cualquier otro (*ibid.*, pág. 19).

de un mismo valor de orientación de parte de la población por un período prolongado de tiempo— constituya una mera utopía en las democracias modernas y tenga en realidad la función de una ideología retórica destinada a la cohesión social. Los regímenes pluralistas basan su estabilidad sobre el respeto a las reglas pactadas de juego y la obediencia consuetudinaria de las leyes y no sobre un consenso sustancial o un acuerdo fundamental en torno a verdades compartidas; la renuncia a la violencia para dirimir intereses divergentes puede ser calificada como la única idea regulativa con carácter de verdad primordial acerca del bien común que aun prevalece en la moderna democracia occidental. Por lo demás no es superfluo el recordar que la participación realmente activa en las democracias pluralistas sigue siendo una cuestión de grupos elitarios —como ha sido el negocio de la política a lo largo de toda la historia de la humanidad— y que esto no tiene que ver solamente con privilegios de índole jurídica o económica, sino también con una mejor educación y con una inclinación temprana por los asuntos públicos, lo que siempre ha distinguido a los segmentos mejor situados de la sociedad. La política, aun en el sistema más democrático, seguirá siendo el campo de acción de las clases altas.

Algunas concepciones de la democracia liberal contienen, empero, fragmentos *iusnaturalistas* que configuran elementos sustantivos de un bien común cercanos al humanismo clásico y que sobrepasan claramente el marco pragmático y relativista del pluralismo contemporáneo esbozado hasta aquí. Es imposible determinar categóricamente si existe una contradicción insalvable entre ambos aspectos. Entre los componentes de un *derecho natural* de vieja raigambre que deberían ser preservados para hacer de la democracia actual algo más humano y más razonable que un mero conjunto de reglas de juego para la rotación ordenada de elites, se hallan el derecho a la resistencia contra malos gobiernos o contra transgresiones a la ley de parte de los poderes del Estado —brillantemente expuesto por John Locke (31)—, el carácter derivado y relativo del Estado y del gobierno (32) y la fundamentación *iusnaturalista* del derecho a la propiedad en cuanto combinación del derecho a la vida y a la libertad con el disfrute de la posesión (33).

También es pertinente señalar que el pluralismo político es la última etapa de un desarrollo que comenzó por la tolerancia religioso-confesional y que siguió por la

(31) JOHN LOCKE: *Zwei Abhandlungen über die Regierung* (= Dos tratados sobre el gobierno), Francfort, EVA, 1967, págs. 38, 301 y sig., 305, 314, 338 y sig., 350, 358 (al mismo tiempo, fundamentación del moderno Estado de Derecho).

(32) *Ibid.*, págs. 264, 283 y sig., 286, 353. De acuerdo a Locke, el Estado y el gobierno representan fenómenos de naturaleza relativa sin derecho propio, creados exclusivamente para garantizar los derechos del hombre y la paz, la seguridad y el bienestar del pueblo. Las trabas y limitaciones contenidas en el contrato social y en la sociedad civil existirían únicamente para preservar la libertad, la seguridad y el goce de la propiedad de los otros. Acerca de los elementos democráticos de Locke, cf. MANFRED BOCKER: «Wahlrecht und Demokratie in der politischen Philosophie John Lockes» (= El derecho electoral y la democracia en la filosofía política de John Locke), en *Zeitschrift für Politik*, vol. 38, núm. 1 (marzo 1991), págs. 47-63.

(33) LOCKE: *ibid.*, págs. 28, 283, 319. La fundamentación del derecho a la propiedad por Locke está basada en el instinto de autoconservación.

condescendencia frente a valores divergentes en los campos de la ética y la estética, y que, por tanto, representa un proceso secular de diferenciación social y una tradición exitosa sedimentada en la identidad colectiva de Europa Occidental desde los días del Renacimiento y la Reforma. La democracia parlamentaria y sus sistemas afines se transformaron en un modelo ampliamente aceptado de resolución institucionalizada y pacífica de conflictos. Recién ahora, sin embargo, se perciben también las desventajas del pluralismo liberal, como el énfasis en la competencia (en lugar de la cooperación), la exaltación del egoísmo del más fuerte (en detrimento de dilatados sectores desfavorecidos) y el acento en la ahistoria (desdén por las experiencias comunes de varias generaciones) (34). Por otra parte, el inusitado éxito deparado a la democracia pluralista en América Latina a partir aproximadamente de 1980 y sobre todo después del colapso del sistema socialista mundial (1989-1991) nos muestra la inviabilidad y las falacias contenidas en aquellos regímenes dedicados metódicamente a aplastar los designios individualistas y la variedad de opciones políticas en nombre de la justicia social, regímenes criticados en forma clarividente por Friedrich Nietzsche (1878) por potenciar un Estado despótico contra todo rasgo de individualismo genuino (35).

A pesar de su innegable fortuna y popularidad, la democracia pluralista aparece hoy en día como portadora de ambivalencias que son similares a todos los fenómenos de la modernidad. Su implantación en medio de una época de crisis económica generalizada y de continuada prevalencia de la cultura política del autoritarismo —como es el caso en el ámbito latinoamericano— denota aspectos altamente positivos, entre los que se encuentran el reconocimiento de la autonomía de la esfera político-institucional (36), la apertura de chances reales para experimentos sustentados por sectores desfavorecidos y, al no atribuirse relevancia al determinismo económico o culturalista, la posibilidad de remodelar de manera más o menos autónoma el futuro próximo. Este proceso tiene, sin embargo, límites bastante estrechos derivados de una situación signada por una crisis económica permanente, por la severidad de algunas políticas de ajuste, por la explosión demográfica y por pertinaces resabios del legado iliberal y patrimonialista; factores todos ellos que pueden conducir, en medio de la euforia por la democracia, a una «reducción de los espacios de encuentro público» o a una «democracia de oligarquías competitivas» (37). Es conveniente, por otra parte, referir el hecho de que extensos grupos sociales se

(34) Cf. OTFRIED HÖFFE: *Den Staat braucht selbst ein Volk von Teufeln* (= Hasta un pueblo de diablos requiere de un Estado), Stuttgart, Reclam, 1988, págs. 105-112.

(35) FRIEDRICH NIETZSCHE: *Menschliches, Allzumenschliches. Ein Buch für freie Geister* (= Humano, demasiado humano. Un libro para espíritus libres), en NIETZSCHE: *Studienausgabe*, vol. II, cit. (nota 20), pág. 223 y sigs. (Nietzsche se refirió específicamente a ordenamientos socialistas).

(36) Cf. FRANCISCO C. WEFFORT: *op. cit.* (nota 7), pág. 31; TERRY LINN KARL: *Dilemas de la democratización en América Latina*, en JULIO COTLER (comp.): *op. cit.* (nota 7), págs. 220-222.

(37) EZEQUIEL RAIMONDO-FABIÁN ECHEGARAY: «Repensando la democracia desde el ajuste: una perspectiva crítica», en *Nueva Sociedad*, núm. 113 (mayo-junio 1991), págs. 84-90; JOSÉ RODRÍGUEZ ELIZONDO: «América Latina: hacia la democracia consolidada», en *ibid.*, págs. 37-44.

declaran *prima facie* partidarios de los ideales democráticos de libertad, participación, igualdad y respeto a la ley, y simultáneamente, exhiben una clara afinidad hacia valores francamente autoritarios, como ser la convicción de que el pueblo no sabe gobernarse a sí mismo o que sólo un dirigente fuerte que ponga orden podrá salvar el país (38). En este contexto es notable el fenómeno del llamado *aprismo popular* (39): una parte muy considerable de los simpatizantes y miembros del Partido Aprista Peruano, que como tal está adherido a la Internacional Socialdemocrática y dice compartir principios y valores rectores decididamente modernos, se rige por pautas de comportamiento de índole abiertamente tradicional, autoritaria y paternalista y por elementos de una religiosidad y una mística que han cambiado poco a través de los siglos. El mito andino del refugio, la escasa separación entre las esferas sacra y profana, la asimilación de la política a una fe prerracional («la lógica de la creencia»), la reconciliación de los intereses individuales y sociales bajo el manto de un sistema coercitivo de identificaciones colectivas, la fuerza del caudillismo carismático, una visión globalizante del universo (para evitar las fragmentaciones propias de la Era moderna), la renuncia al esclarecimiento analítico de la verdad y una armonía basada en el apego a una ideología fundacional más o menos incommovible, representan los aspectos centrales y cotidianos del ámbito premoderno, inmersos profundamente en el aprismo popular y constituyentes de esta fuerza política que muy tempranamente se consagró a modernizar la esfera de la política y de las relaciones humanas en el Nuevo Mundo.

Reproduciendo un fenómeno universal, parece que las sociedades latinoamericanas no han sabido o no han podido brindar un aporte original al dilema clave de la democracia pluralista moderna, es decir a la posibilidad de desestabilización que se da con la evaporación de la idea del bien común y de la verdad sustantiva en cuanto núcleos de una sociedad razonable. El cuestionamiento permanente de los contenidos materiales de las políticas públicas socava, como ya se mencionó, todo principio y valor trascendentes y, simultáneamente, no garantiza la calidad de las decisiones y de los programas a implementar, los que adopten indefectiblemente —como la mayoría de los productos de la modernidad— la cualidad de lo transitorio e inestable (40).

(38) Cf. el muy instructivo estudio empírico de WALTER ALARCÓN GLASINOVICH: «Clases populares, cultura política y democracia», en *Socialismo y Participación*, núm. 54 (Lima, junio 1991), págs. 1-13 (basado en un amplio material empírico compilado en las barriadas marginales de Lima).

(39) Cf. la brillante y exhaustiva investigación de IMELDA VEGA-CENTENO: *Aprismo popular. Cultura, religión y política*, Lima, Tarea-CISEPA-PUC, 1991, págs. 23 y sigs., 563 y sigs. (la «lógica de la creencia», pág. 564).

(40) NORBERT LECHNER: *Los patios...*, cit. (nota 23), págs. 123 y sigs. Lechner se adhiere a la definición de la democracia de Adam Przeworski como «un resultado contingente de conflictos». Cf. también el farragoso ensayo de Samir Amin, que documenta la confusión reinante entre marxistas y dependientistas del Tercer Mundo frente a la problemática de la democracia pluralista: SAMIR AMIN: «El problema de la democracia en el Tercer Mundo contemporáneo», en *Nueva Sociedad*, núm. 112 (marzo-abril 1991), págs. 24-39.

IV. LAS AMBIVALENCIAS DEL DESARROLLO

Con todo acierto, Gonzalo Rivas (41) indicó que el ideal del desarrollo en cuanto intento de modernización nacional en América Latina se halla actualmente sumido en un proceso de decadencia, después de la conocida euforia que duró por lo menos de 1945 a 1980. Esta concepción normativa se está diluyendo, desalojada del centro de atención por la búsqueda del mero crecimiento y los equilibrios macroeconómicos. A esto han contribuido la declinación del interés por la industrialización a todo precio, el ocaso de la planificación y el desprestigio del rol privilegiado conferido al Estado y a sus agencias. Hay ciertamente un desencanto creciente con la función primordial conferida hasta hace muy poco a la industrialización y a sus aspectos concomitantes cual la urbanización y la educación generalizada; se suponía que la industrialización iba a traer consigo la incorporación del más alto progreso técnico-científico, la difusión de pautas modernas de orientación y la posibilidad de crear innumerables puestos de trabajo bien remunerados para una población que crecía rápidamente y que con mayor celeridad aún abandonaba las áreas rurales. Se pensaba igualmente que el Estado planificador (42) debía desempeñar un papel impulsor y dirigente de primera magnitud: a él se le atribuía, por ejemplo, el rol esencial de transferir los presuntos excedentes de los sectores agrícolas y preindustriales hacia una industria moderna y altamente tecnificada. Existía una amplia noción de legitimidad en torno a la necesidad y al ritmo de la modernización, consenso que abarcaba a muy diferentes sectores sociales y partidos políticos, porque el desarrollo integral debía acortar la distancia frente a los países ya altamente industrializados y, al mismo tiempo, promover la paz social mediante la incorporación pacífica de los estratos menos favorecidos a la estructura productiva y distributiva. La planificación, las medidas proteccionistas, el estímulo a la industria doméstica y las bien conocidas ideologías del desarrollo acelerado en cuanto esfuerzo colectivo concertado y de largo aliento se hallan hoy, empero, en un contexto de crisis y cuestionamiento a nivel mundial, no sólo a causa de sus resultados decepcionantes, sino también debido a que la idea misma de nación se vuelve cada vez más difusa en el mundo donde las fronteras clásicas entre Estado soberanos tienden a convertirse en obsoletas. La concepción neoliberal desestimula, por otra parte, políticas redistributivas —base importante para la actividad estatal-burocrática—, enfatizando la importancia de hacer crecer el Producto Interno Bruto del país respectivo y relegando a segundo término o hasta poniendo en duda la conveniencia de repartir «equitativamente» lo ya producido.

Enfoques postmodernistas pueden dar luces sobre este proceso y particularmen-

(41) GONZALO RIVAS: «Deuda externa, transnacionalización y el fin del ideal del desarrollo en América Latina», en *Socialismo y Participación*, núm. 54 (junio 1991), págs. 31-43.

(42) Cf., entre otros, JUAN CARLOS PORTANTIERO: «La múltiple transformación del Estado latinoamericano», en *Nueva Sociedad*, núm. 104 (noviembre-diciembre 1989), págs. 88-94, y otros ensayos en este número monográfico dedicado a la «tentación del Estado». Cf. ELMAR ALTVATER: *The Future of the Market*, Londres-Nueva York, 1993.

te acerca del carácter precario y contingente de los fundamentos que subyacen al desarrollo modernizante, como ser el Estado nacional, la administración eficiente de grandes unidades territoriales y la construcción de lealtades estables. En contra —o mejor dicho: al lado— de las teorías europeas (43) más importantes sobre la formación de las naciones modernas se puede hoy postular la tesis de que ni el Estado en cuanto núcleo organizador de la nación (como en la mayoría de los casos después de la descolonización en África y América Latina), ni la nación en su despliegue orgánico-histórico engendrando al Estado (como en las grandes naciones-Estados de Europa Occidental), ni la libre voluntad colectiva de dotarse de una identidad estructurada institucionalmente (como han propugnado concepciones revolucionarias), corresponden a la prosaica realidad del Tercer Mundo actual, donde los países se han ido constituyendo simultáneamente de acuerdo a fragmentos de estas tres doctrinas y, probablemente en proporción mayor, según la obra de la casualidad. El restar relevancia a la visión clásica, a la jacobina y a la marxista nos conduce a ver en las naciones y los Estados unos entes que no son siempre necesarios o favorables al proceso histórico y a la convivencia humana y más bien obstáculos para estos fines. Nos ayuda asimismo a superar concepciones tecnocráticas y burocráticas con respecto a las demandas de regionalización y descentralización: los deseos de los pueblos —por suerte— no siempre concuerdan con los criterios de la optimización técnica y financiera. La conformación de áreas de amplia autonomía, la federalización de un país y hasta la creación de nuevas naciones desgajándolas de una mayor (como en el caso de las Repúblicas bálticas y de otras en los ámbitos de la Unión Soviética y Yugoslavia en 1991) ocurren generalmente en contra de las convicciones centrales de las tecnoburocracias, las cuales, independientemente de su ideología política específica, se inclinan con monótona regularidad por la integración supranacional, por la construcción de grandes economías de escala, por el desenvolvimiento armónico —es decir: homogéneo— de todas las partes y por una «sana» complementariedad de las unidades dentro de una concordia suprarregional regida desde el centro omnisciente. Si las tecnoburocracias aceptan la descentralización (44), lo hacen para que el resultado final sea el potenciamiento global del Estado en su conjunto y a fin de que los impulsos liberados por la mayor autonomía regional sirvan a una administración más eficiente de los recursos, a una mayor dinámica de desarrollo utilizando sectores que hasta entonces manifestaban apatía y para lograr una acumulación más rápida partiendo de fuentes locales. En todo caso la descentralización no debería ahondar las diferencias entre las regiones, retardar el crecimiento económico o frenar la integración de áreas alejadas de producción y consumo.

(43) Cf. la interesante discusión de un ejemplo contemporáneo: ULRIKE WOLF: *Nationenbildung in Eritrea* (= Formación nacional en Eritrea), Maguncia, Universidad de Maguncia, 1986; cf. los clásicos: KARL W. DEUTSCH-WILLIAM J. FOLTZ (comps.): *Nation-Building*, Nueva York, 1966; S. N. EISENSTADT-STEIN ROKKAN (comps.): *Building States and Nations*, 2 vols., Beverly Hills-Londres, 1973; ERNEST RENAN: *Qu'est-ce qu'une nation?*, París, Calmann-Lévy, 1882.

(44) Cf. CARLOS A. DE MATTOS: «Falsas expectativas ante la descentralización. Localistas y neoliberales en contradicción», en *Nueva Sociedad*, núm. 104 (noviembre-diciembre 1989), págs. 120 y sig.

Concepciones postmodernistas enfatizan, al contrario, el valor de la diferencia como algo de derecho propio: es esencialmente positivo que existan zonas con un desarrollo variado y hasta divergente (una de las principales desigualdades es, después de todo, la del nivel de ingresos), que crezcan comunidades de orígenes étnico-culturales distintos, que florezcan diversas confesiones religiosas y que ideologías contrapuestas puedan competir libremente por el favor del público. Muchas veces los pueblos no buscan sólo mejorar su *standard* de vida o incorporar sus economías a organizaciones supranacionales de incuestionable racionalidad tecnocrática, sino que pretenden vivir de manera autónoma y de acuerdo a tradiciones que únicamente desde la óptica del instrumentalismo eficientista parecen como anticuadas y «superadas» por el avance técnico-económico. La crítica de la modernidad contribuye a cuestionar la actual economización de la política, es decir la tendencia a ver lo razonable exclusivamente en el incremento de los índices de producción, productividad y consumo y a considerar el llamado crecimiento cero, por ejemplo, como algo horriblemente negativo. Es cierto que las exigencias de la población a partir de mediados del siglo XIX han tomado una naturaleza tal que es imposible satisfacerlas sin un aumento constante de la esfera económica; antes los pueblos se contentaban con tener gobernantes que fuesen regularmente honestos y con impuestos que no los agobiaran demasiado. Frente a la marea actual de reclamos sociales, la crítica radical de los decursos modernizantes puede coadyuvar a comprender los límites muy estrechos que nuestro mundo eminentemente finito impone a cualquier evolución donde está implicado un crecimiento continuo e incesante. Desde esta perspectiva se obtiene una visión más sobria y realista de los nuevos procesos de democratización en el Tercer Mundo, los cuales, como se sabe, han fomentado el surgimiento de demandas cada vez más exigentes de parte de los estratos menos favorecidos de la población, demandas, empero, que probablemente nunca podrán ser satisfechas del todo, por más justificadas que estén en los campos ético, religioso y político.

En otro plano, esta actitud crítica puede ser útil para que los individuos y las comunidades lleguen a soportar una pluralidad permanente de disparidades culturales e ideológicas de toda clase y, lo que es mucho más difícil, puedan convivir con la existencia perdurable de diferencias socioeconómicas y político-institucionales. Hay que aprender a tolerar desigualdades de todo tipo (como la del nivel de ingresos y de acceso al poder político) y, por más cínico que suene, a comprender lo enriquecedor que hay en la naturaleza disímil y variopinta del género humano y de sus creaciones sociales. En contra de las grandes ideas convencionales alimentadas por la modernidad, habría que volver a entender que lo bello y razonable puede estar en lo pequeño, lo heterogéneo, lo tradicional, lo curioso y lo aparentemente anacrónico, y también en experimentar la contigüidad de la opulencia y la modestia, del adelantamiento técnico y la preservación de viejos valores culturales, todo ello encarado, por ejemplo, en regiones de un mismo Estado que exhibieran los grados más variados de evolución histórica y económica y cuyos conceptos de identidad y honor colectivos no se deberían reducir a imitar los resultados materiales de las naciones con más éxito. Se superaría así el ideal jacobino de igualar a la fuerza todas las

comarcas de un país de acuerdo a los principios tecnocráticos de la elite de iluminados que dirige todo desde un centro privilegiado, que propende a eliminar la diversidad provincial que se ha conformado orgánicamente a lo largo de siglos.

Enfoques asociados al postmodernismo nos permiten advertir lo complejo de una situación signada hoy día por la crisis ecológica y demográfica y, por ende, las falacias implícitas en las doctrinas del crecimiento ilimitado, del desarrollo sustentable y de la planificación centralizada. Grupos dilatados de los estratos medios —independientemente de su filiación teórico-ideológica— derivan una porción de su poder del hecho de influir decisivamente sobre los procesos de planificación, los que a menudo no son más que posibilidades de manipular recursos humanos, financieros y naturales, presuponiendo, además, que las tres categorías configuran, en el fondo, una misma cosa. A pesar la declinación del socialismo y de concepciones afines, algunos sistemas de planificación siguen gozando de una excelente reputación en el Tercer Mundo. Es probable que si todas las agencias planificadoras del planeta y sus funcionarios desapareciesen súbitamente a causa de algún cataclismo sobrenatural, la humanidad no sufriría el más remoto perjuicio. Así se eliminaría además un conjunto de instancias que nunca fueron realmente proclives a la democratización de la vida pública (45), a ideas innovadoras y a la formulación de soluciones originales. Como puede demostrarse en el caso de la problemática ecológica, los planificadores descubrieron la relevancia y las bondades de la protección al medio ambiente cuando estos temas ya se habían convertido en un lugar común de la discusión científica pública.

En este contexto es indispensable llamar la atención sobre el hecho de que prácticamente todas las concepciones en torno a la evolución del Tercer Mundo parten aún hoy del mismo axioma de que es posible y deseable un crecimiento *ad infinitum*; hasta las teorías más diferenciadas que dicen considerar criterios ecológicos, como las del desarrollo sostenible o sustentable, estiman que un decurso evolutivo calificable como positivo tiene necesariamente que incluir un incremento continuo del ingreso *per capita* de la población, una expansión de la estructura productiva, un aumento de la producción agropecuaria y un mejoramiento sustancial de los servicios educativos y de la seguridad social. Aunque la euforia estrictamente industrializante ha amainado de manera perceptible en toda América Latina, todavía se puede constatar que los procesos de industrialización y urbanización conforman el núcleo de los designios modernizantes y, por consiguiente, la porción esencial de la (nueva) identidad colectiva en casi todas las llamadas sociedades periféricas. Ahora bien, la casi totalidad de estos buenos propósitos, empezando por el de mejorar el ingreso promedio de los habitantes de modo persistente, conlleva mayores cargas sobre el medio ambiente y presiones crecientes sobre los recursos naturales y energéticos; ya sea para asegurar el empleo pleno o para mejorar la salud, la vivienda y la educa-

(45) Cf. GALO TÉLLEZ-RIVERO: *Anspruch und Grenzen der Bürgerbeteiligung im Planungsprozess. Eine theoretische Betrachtung* (= Pretensiones y límites de la participación ciudadana en el proceso de planificación), Berlín, Universidad Técnica de Berlín, 1991.

ción pública, se requiere indiscutiblemente de un incremento continuado —y hasta exponencial— del conjunto de la economía del país respectivo (46). El congelamiento del Producto Interno Bruto o el crecimiento cero toman entonces el carácter de algo que es inaceptable para casi todas las corrientes político-ideológicas prevalecientes hoy día en el Tercer Mundo. La realidad de un mundo finito con recursos decrecientes y limitaciones acrecentadas constantemente, manifestadas por la capacidad cada vez más reducida de autorregeneración de los ecosistemas naturales (como es el caso dramático de los bosques tropicales), sugiere la muy alta probabilidad de que todos los intentos de un desarrollo pleno y una modernización completa para las naciones del Tercer Mundo permanezcan en el terreno de lo ilusorio o conduzcan a una catástrofe ecológica universal. Todas las ideas básicas subyacentes a estos grandes proyectos históricos provienen del acervo de la modernidad —la bondad liminar de la industrialización y la urbanización, la índole no problemática del crecimiento económico incesante, la perspectiva de un progreso perenne—, y lo que ahora está en crisis es el fundamento mismo de esa modernidad, que ha mostrado ser poco crítica consigo misma y contener los elementos para la autodestrucción del género humano.

En este contexto es indispensable mencionar que importantes corrientes de opinión científica han puesto en duda los planteamientos y los pronósticos de los ecologistas, en especial la idea de que el incremento incesante de la población, de la presión humana sobre la naturaleza y de la producción industrial acabaría por agotar la capacidad del planeta para sostener el aumento demográfico y el del ensanchamiento de la base industrial. Se abre camino una concepción más optimista en torno a la capacidad regenerativa de los ecosistemas y, en general, acerca de la facultad del hombre de superar hábil y pacientemente todos los obstáculos con que tropieza en su vía hacia un mayor desarrollo. Doctrinas ecologistas y conservacionistas han sido calificadas de oscurantistas, ya que el crecimiento de la población, del consumo y de la industria habría estimulado la innovación tecnológica, la sustitución de recursos naturales escasos y la búsqueda de nuevas soluciones para problemas concretos del medio ambiente.

Por lo demás, esta relativización del pensamiento ecologista subraya enfáticamente que sólo las sociedades capitalistas más ricas y avanzadas pueden originar una conciencia socialmente relevante sobre los peligros de la contaminación ambiental y, al mismo tiempo, disponer de los fondos necesarios para superar los

(46) Cf. los excelentes ensayos de HANS-JÜRGEN HARBORTH: *Die Diskussion um dauerhafte Entwicklung (sustainable development): Basis für eine umweltorientierte Weltentwicklungspolitik?* (= La discusión sobre el desarrollo sustentable: ¿base para una política mundial de desarrollo orientada hacia el medio ambiente?), en WOLFGANG HEIN (comp.): *Umweltorientierte Entwicklungspolitik* (= Política de desarrollo orientada al medio ambiente), Hamburgo, Deutsches Übersee-Institut, 1991, págs. 39-51; HARBORTH: *Dauerhafte Entwicklung*, en HARBORTH: *Dauerhafte Entwicklung statt globaler Selbstzerstörung. Einführung in das Konzept des «Sustainable Development»* (= Desarrollo duradero en lugar de autodestrucción global. Una introducción al concepto del «desarrollo sostenible»), Berlín, Sigma, 1991.

desarreglos ecológicos. Una protección efectiva de los ecosistemas estaría vinculada a un grado muy elevado de evolución capitalista (47).

Algunas de estas objeciones al pensamiento ecologista son bastante plausibles, particularmente las referidas a la predicción de una catástrofe inminente y al anunciado agotamiento irreversible de variados recursos. No debe subestimarse, por otra parte, el papel benéfico de las innovaciones tecnológicas que reducen los fenómenos de polución ambiental y que sustituyen materias primas. Pero aun así se trata de paliativos con un radio de acción de pocas décadas —y factibles únicamente en algunas sociedades ya muy adelantadas—, que posiblemente no tengan un efecto decisivo en un horizonte temporal de largo aliento y de gran extensión geográfica. El crecimiento demográfico de orden exponencial en el Tercer Mundo y la acumulación de demandas socioeconómicas de enormes masas cada vez mejor informadas podrían neutralizar aquellas mejoras debidas a los progresos tecnológicos, máxime si el aumento poblacional tiende a exhibir, como señaló Jacques-Yves Cousteau (48), aspectos propios de un tumor canceroso, como la expansión incontrolable, la colonización de zonas lejanas (metástasis) y el suicidio del cuerpo enloquecido. Las teorías del desenvolvimiento sostenible pasan por alto estos factores potenciales.

Las versiones más sofisticadas del desarrollo sustentable, como el Informe Brundtland, la nueva propuesta económica de la CEPAL y el *Llamado de la Internacional Socialista a detener la degradación ecológica* (49), carecen de una credibilidad liminar porque los grupos que consuetudinariamente las han sustentado (planificadores de las burocracias estatales, partidos socialistas y socialdemocráticos, sindicatos e instituciones afines), han pertenecido durante largas décadas a los más fervientes partidarios del progreso material a ultranza, de la industrialización acelerada y de la modernización a toda costa y porque sus lineamientos teóricos fun-

(47) Cf. opiniones críticas sobre el ecologismo provenientes de posiciones muy diferentes: MARCEL GAUCHET: «Sous l'amour de la nature, la haine des hommes», en *Le Débat*, núm. 60 (París, mayo-agosto 1990), págs. 278, 280; DAVID GOW: *Development of Fragile Lands: An Integrated Approach Reconsidered*, en JOHN O. BROWDER (comp.): *Fragile Lands of Latin America. Strategies for Sustainable Development*, Londres-Boulder, Westview, 1989, pág. 40; JOHN TIERNEY: «Los recursos del mundo puestos a prueba», en *Facetas*, año 1991, núm. 4 (= 94), págs. 60-65; WILLIAM K. REILLY: «Crecimiento económico y mejoría ambiental», en *Facetas*, año 1991, núm. 3 (= 93), págs. 19-24; y los estudios críticos de EDUARDO GUDYNAS: «Los ambientalistas ante las nuevas políticas ambientales neoliberales», en *Temas Clave/Claes*, núm. 1 (Montevideo, diciembre 1991); FERNANDO MIREs: «Ecología y desarrollo en América Latina», en *Alai*, núm. 146 (separata) (Quito, diciembre 1991); FERNANDO MIREs: *El discurso de la naturaleza. Ecología y política en América Latina*, San José, DEI, 1990.

(48) Entrevista con Jacques-Yves Cousteau, en *El Correo de la Unesco*, vol. XLIV (noviembre 1991), págs. 8-13.

(49) WORLD COMMISSION ON ENVIRONMENT AND DEVELOPMENT (comp.): *Our Common Future*, Oxford-Nueva York, Oxford University Press, 1987; COMISIÓN ECONÓMICA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: «Transformación productiva con equidad», en *Nueva Sociedad*, núm. 108 (julio-agosto 1990), págs. 38-45; INTERNACIONAL SOCIALISTA: «Nueva misión para el movimiento socialista. Seguridad para el medio ambiente; supervivencia a largo plazo», en *Nueva Sociedad*, núm. 104 (noviembre-diciembre 1989), págs. 62-73, y núm. 105 (enero-febrero 1990), págs. 64-79; DAVID PEPPER: *Eco-Socialism. From Deep Ecology to Social Justice*, Londres-Nueva York, Routledge, 1993.

damentales han exhibido hasta hace muy poco un marcado menosprecio por la temática del medio ambiente. La falta hasta hoy de una autocrítica referida a sus cimientos doctrinales tiende, evidentemente, a mantener baja la mencionada credibilidad. Las alusiones al medio ambiente en estos informes son periféricos; sus apelaciones a la protección de los ecosistemas son francamente marginales y están supeditados al crecimiento económico ilimitado a nivel mundial (para que los frutos del progreso material lleguen alguna vez a todos los pueblos del planeta). El Informe Brundtland afirma taxativamente que el «crecimiento económico no tiene límites fijos» (50) y trata la temática de la explosión demográfica con una ambigüedad digna de las organizaciones burocráticas internacionales que soslayan deliberadamente la toma de posición acerca de problemas candentes. Además, estos documentos propician un crecimiento constante de las economías de los países centrales para que hagan de «motor» con respecto al resto del mundo, sin considerar las enormes sobrecargas que todo ello significaría para los ecosistemas. La solidaridad con las generaciones futuras, que por suerte dejan entrever estas declaraciones, entra en contradicción con programas de desarrollo que no contemplan las limitaciones ecológicas y de recursos ya citadas, máxime si la meta normativa explícitamente pretendida para todo el mundo es un grado de bienestar básicamente similar al ya existente en los países metropolitanos y el camino hacia tal fin resulta ser el muy convencional del desenvolvimiento acelerado (51). Por lo demás, estos informes bienintencionados no despliegan una estrategia clara y enérgica contra la expansión demográfica, que junto al rol depredador de toda modernización, acorta sensiblemente el horizonte temporal dentro del cual se podría aún formular algún designio viable para salvar los ecosistemas en peligro.

Como indicó José Manuel Naredo (52), las nuevas teorías del desarrollo sostenible retoman «la vieja pretensión fisiocrática de acrecentar las “riquezas renacientes” sin menoscabo de los “bienes de fondo”». El desarrollo sustentable a gran esca-

(50) *Nuestro futuro común*, Madrid, Alianza, 1988, pág. 69.

(51) JOSÉ MANUEL NAREDO: «La economía y su medio ambiente», en *Ekonomiaz, Revista de Economía*, núm. 17 (abril-junio 1990), pág. 15: «[...] por simples consideraciones físicas y de espacio, la hipótesis de un crecimiento indefinido es insostenible a la luz de la lógica matemática aplicada a los conocimientos geográficos y cosmológicos actuales [...]: el crecimiento de la población y sus consumos [...], referido al conjunto de la especie humana, no podrá ser nunca un proceso sostenido a largo plazo».

(52) NAREDO: *ibid.*, pág. 16. Cf. también HERMAN E. DALY: «Towards Some Operational Principles of Sustainable Development», en *Ecological Economics*, vol. 2, núm. 1 (abril 1990); LEOPOLDO MÁRMORA-DIRK MESSNER: «Zur Kritik eindimensionaler Entwicklungskonzepte» (= Crítica a los conceptos unidimensionales de desarrollo), en *Vierteljahresberichte der Friedrich-Ebert-Stiftung*, núm. 124 (junio 1991), pág. 177; T. TRAINER: «A Rejection of the Brundtland-Report», en *IFDA Dossier*, núm. 77 (mayo-junio 1990); y la gran obra de JOSÉ MANUEL NAREDO: *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*, Madrid, Siglo XXI, 1987. Cf. también AMARTYA SEN: *Resources, Values, and Development*, Oxford, Blackwell, 1984; NEIL EVERNDEN: *The Social Creation of Nature*, Baltimore-Londres, Johns Hopkins University Press, 1993; cf. también ANIL MARKANDYA-JULIE RICHARDSON (comps.): *Environmental Economics*, Londres, Earthscan, 1992; WOLFGANG SACHS (comp.): *Global Ecology*, Londres, Zed Books, 1993.

la erosiona tanto las riquezas renovables como los bienes de fondo de índole finita e inelástica; de ahí que resulta una falacia la opinión tan generalizada de que *primeramente* se debería forzar aun más la explotación de los recursos naturales y los procesos de modernización e industrialización, para *luego* ocuparse de la conservación de los recursos y de la protección al medio ambiente. Además todos estos ensayos de desarrollo sostenible se destacan, como lo señaló Hans-Jürgen Harborth, por declaraciones altisonantes con respecto a los enunciados teóricos generales y simultáneamente por estrategias específicas bastante confusas, tanto más cuanto más se acercan al nivel de la praxis cotidiana, donde el consenso sobre lo que se debe proteger y lo que aún se puede depredar se diluye rápidamente (53). Se trata, en el fondo, de enfoques armonicistas que presuponen ingenuamente que todos los dilemas mundiales y, por tanto, los problemas de desarrollo, aun los más graves, pueden ser integrados en una gran síntesis donde todo se resuelve finalmente en favor de la evolución expansiva del género humano (54). No es superfluo el recordar que estas doctrinas armonicistas, que descansan en visiones dialécticas de la historia universal, incluyen prosaicos planteamientos redistributivos bajo el rótulo de ecodesarrollo: uno de los objetivos consistiría en repartir «equitativamente» los frutos de la civilización industrial alcanzados en las naciones metropolitanas del Norte en favor de los países pobres del Tercer Mundo (55). Se trata de un propósito totalmente ilusorio porque están involucradas dos clases de población de magnitud física, ritmo reproductor y pautas de comportamiento enteramente diferentes y hasta incongruentes. También es pertinente recordar que los enfoques del desarrollo sustentable no se apartan de una lógica muy convencional, signada por el antropocentrismo, las reflexiones de corto aliento histórico y la carencia de genuinas alternativas en lo referente a las metas normativas. En ellos los factores finitos, escasos e inelásticos —como los recursos naturales, los ecosistemas y, en suma, el planeta Tierra— están subordinados a procesos de dilatación con tendencia a lo ilimitado e infinito, cual son el crecimiento demográfico, el desenvolvimiento económico y el incremento del

(53) HARBORTH: *Die Diskussion...*, cit. (nota 46), pág. 51.

(54) Sobre esta problemática tan compleja, cf. *Ecología Política. Cuadernos de Debate Internacional*, núm. 1 (Barcelona, 1991); BERNHARD GLAESER (comp.): *Ecodevelopment: Concepts, Projects and Strategies*, Oxford, Clarendon, 1984; EDUARDO GUDYNAS: *The Search for an Ethic of Sustainable Development in Latin America*, en J. R. ENGEL-J. B. ENGEL (comps.): *Ethics of Environment and Development*, Londres, Belhaven, 1990, págs. 139-149; DAVID A. CROCKER: *op. cit.* (nota 14); DENIS GOULET: *Incentives for Development: The Key to Equity*, Nueva York, New Horizons, 1989; AMARTYA SEN: *On Ethics and Economics*, Oxford, Blackwell, 1987; DONELLA H. MEADOWS-DENNIS L. MEADOWS-JÖRGEN RANDERS: *Beyond the Limits. Confronting Global Collaps. Envisioning a Sustainable Future*, Post Mills, Chelsea Green, 1992.

(55) Sobre esta temática, cf. W. M. ADAMS: *Green Development: Environment and Sustainability in the Third World*, Cambridge, Routledge, 1990; MANFRED WÖHLCKE: *Umwelt- und Ressourcenschutz in der internationalen Entwicklungspolitik* (= Protección al medio ambiente y a los recursos en la política internacional de desarrollo), Baden-Baden, Nomos, 1990; para una visión diferente y crítica, cf. EDUARDO GUDYNAS: «Environmental Ethics in Latin America: in Search of an Utopian Vision», en *Trumpeter. Journal of Ecosophy*, vol. 6, núm. 4 (1989), págs. 151-155.

nivel de vida. De acuerdo al *common sense* y a una óptica histórico-crítica, la cosa debería suceder al revés.

La modernización imitativa en las sociedades periféricas ha significado un progreso muy reducido y problemático y ha conllevado, al mismo tiempo, la destrucción de sistemas de economía de subsistencia que tenían la enorme ventaja de estar bien adaptadas a medios ecológicamente precarios (56). Estas economías tradicionales gozan ahora de la reputación de haber sido proclives al estancamiento, al atraso tecnológico, a la tradicionalidad sociocultural y al conservadurismo político. Lo rescatable de ellas estriba en su aguda percepción de la vulnerabilidad de su medio ambiente, en su sentido de responsabilidad con respecto al futuro de los recursos y ecosistemas naturales y en su visión ciertamente arcaica y simple, pero que ha tenido la inapreciable virtud de aprehender conjuntamente fragmentos de nuestra realidad, separados hoy en día por la alta especialización técnico-científica, y de comprender que ella es, después de todo, una *sociedad de riesgo* con porvenir inseguro. La falta de una perspectiva universalista de este tipo, que actualmente ya no posee relevancia sociopolítica, conduce a que las naciones del Tercer Mundo atribuyan una importancia muy reducida a sus problemas ecológicos, los que tienen, sin embargo —como en el caso de la devastación de los bosques tropicales—, una extensión cuantitativa y un nivel de gravedad superiores a aquellos de los países industrializados del Norte (57). Los Estados socialistas de las periferias no han representado una excepción a este punto: también ellos se han destacado por haber dilapidado recursos y asolado paisajes en un lapso de tiempo extremadamente breve. En pocas décadas han logrado desbaratar vastos ecosistemas que tardaron eras geológicas en ser formados, y a ello ha contribuido eficazmente un marxismo acrítico consagrado a celebrar el crecimiento económico y los adelantos de la tecnología (58). La carencia de instancias independientes de opinión y decisión frente al Estado todopoderoso coadyuva a dejarse fascinar por grandes proyectos con inclusión de la tecnología más avanzada, lo que ocurre paralelamente a dilatados procesos de urbanización y estatización.

La crítica de la modernidad puede contribuir igualmente a entender que asuntos relativos a la ecología, en contraposición a la economía, poseen una inclinación a lo disfuncional, entrópico e irregular, a lo difícilmente cuantificable y a lo paradójico, y que no pueden ser explicados según los conceptos convencionales asociados a

(56) HANS-JÜRGEN HARBORTH: *Ökologiedebatte und Entwicklungstheorie* (= Debate ecológico y teoría del desarrollo), en UDO ERNST SIMONIS (comp.): *Entwicklungstheorie - Entwicklungspraxis. Eine kritische Bilanzierung* (= Teoría y praxis del desarrollo. Un balance crítico), Berlín, Duncker & Humblot, 1986, pág. 119.

(57) Cf. un compendio muy útil: MANFRED WÖHLCKE: *Umweltzerstörung in der Dritten Welt* (= Destrucción ambiental en el Tercer Mundo), Munich, Beck, 1987, págs. 11 y sig., 35.

(58) KARIN STAHL: *Technologie- und Wachstumsfetischismus und Ökologie in Kuba* (= Fetichismo tecnológico y del crecimiento y ecología en Cuba), en JÖRG FREIBERG y col. (comps.): *Drei Welten - eine Umwelt* (= Tres mundos - un medio ambiente), Saarbrücken-Fort Lauderdale, Breitenbach, 1984, páginas. 277, 284 y sig.

los juegos del poder y al principio de rendimiento y eficacia (59). El cuestionamiento del racionalismo occidental nos ayuda a comprender lo razonable de muchas concepciones y cosmologías promodernas, vinculadas a las tradiciones religiosas, a la magia (60) y a las prácticas arcaicas, que servirían para mitigar la furia destructiva que acompaña indefectiblemente a la razón instrumentalista. Rainer Albertz (61) llamó la atención sobre las cualidades benéficas a largo plazo de algunos tabúes de origen religioso-bíblico, precisamente en el terreno de los recursos naturales y energéticos: estas prohibiciones, cuya transgresión era sancionada con toda la dureza de una fe antigua, promovían el cuidado «ecológico» de reservas territoriales, evitaban la sobreutilización de animales y predios agrícolas, limitaban la necesaria violencia contra la naturaleza en general y preservaban áreas importantes de toda incursión técnica o militar bajo el manto de la santidad de ciertos espacios simbólicos. Hoy día requerimos urgentemente de un tabú semejante con respecto a los bosques tropicales, para que una fuerza ético-política, con la autoridad que antaño tenían las creencias religiosas, ayude a proteger las selvas de millones de campesinos sin tierra, de la codicia de las empresas transnacionales de la madera, y en general, de las bendiciones del progreso material, lo que, a largo plazo, redundaría en provecho de toda la humanidad, resguardando, por ejemplo, una fuente riquísima de belleza natural. Este argumento se manifiesta, a corto plazo, como opuesto a los intereses de extensos sectores populares en peligro de extrema marginalización, pero es un deber moral pensar en los intereses de toda la humanidad a muy largo plazo, considerando, además, que la naturaleza no es una cantera sin derechos propios al servicio exclusivo del hombre. Es probable, por otra parte, que el carácter finito del planeta no permita que las sociedades del Tercer Mundo obtengan el actual nivel de vida de los países altamente industrializados. Parece que muchos *standards* de consumo son de índole oligárquica (62) y que su popularización a escala mundial es una mera ilusión, por más que ésta se apoye en un sentido profundo de justicia social, alimentado por la ficción contemporánea de que todo tiene una solución técnica. La condición oligárquica de ciertas pautas de consumo y de algunos estilos de vida tiene la virtud inestimable de evitar (o, por lo menos, de retrasar) un agotamiento total de muchos recursos naturales y energéticos y, al mismo tiempo, de preservar fragmentos de buen gusto ante una marea de chabacanería de alcance universal. Aquí tam-

(59) JEAN-FRANÇOIS LYOTARD: *Oikos*, en JOSCHKA FISCHER (comp.): *Ökologie im Endspiel* (= Ecología en el juego final), Munich, Fink, 1989, págs. 42-45; BILL MCKIBBEN: *El fin de la naturaleza*, México, Diana, 1990.

(60) Existe un verdadero renacimiento de estudios científicos sobre la magia. Cf., entre otros, H. G. KIPPENBERG-B. LUCHESI (comps.): *Magie* (= Magia), Francfort, Suhrkamp, 1987; E. BROSZINSKY-SCHWABE: *Zwischen Magie und moderner Technik* (= Entre la magia y la técnica moderna), Berlín, Dietz, 1987.

(61) RAINER ALBERTZ: *Schöpfung und Tabu. Ökologische Ethik aus theologischer Sicht* (= Creación y tabú. Ética ecológica desde la óptica teológica), en JOSCHKA FISCHER (comp.): *op. cit.* (nota 59), páginas. 62 y sig.

(62) HANS-JÜRGEN HARBORTH: *Die Diskussion...*, cit. (nota 46), pág. 45; HARBORTH: *Dauerhafte...*, cit. (nota 46), pág. 39.

bién hace falta un espíritu crítico y hasta escéptico, que no sucumba a las seducciones democráticas y tecnológicas de la modernidad.

V. LO PROBLEMATICO DEL POSTMODERNISMO

Puesto que se trata de un fenómeno extremadamente complejo, las teorías localizables en el difuso campo del postmodernismo ostentan elementos muy positivos y lugares comunes, puntos de vista originales y trivialidades dignas de caer en el olvido, aspectos eminentemente prácticos y controversias de una tediosa erudición. Uno de los puntos socialmente más notable y valiosos del postmodernismo fue anticipado por la crítica del romanticismo (63) al naciente universo burgués: lo negativo de la modernidad residiría en la cuantificación de la vida, en la decadencia de los valores cualitativos, en la muerte de la imaginación, en el uniformamiento de lo social y cultural y en la aproximación utilitarista a la naturaleza. Frente a estos componentes del proceso de modernización, los enfoques postmodernistas ponen énfasis en lo rescatable de la tradición o en alternativas que a menudo tienen el aire de lo inesperado y extravagante: la mística, la casualidad, la magia, la heterogeneidad, el retorno a la naturaleza, la revalorización de las culturas preindustriales y extraeuropeas, el rol de la fantasía y la convicción de que la Razón occidental no es ni la culminación ni un fragmento privilegiado del saber universal. Es de justicia mencionar que el surrealismo y particularmente la obra de André Breton adelantaron aspectos primordiales del postmodernismo. Su brillante ensalzamiento de la imaginación (64) y su caracterización del realismo como algo básicamente mediocre, petulante y odioso (65) posibilitaron a Breton el comprender tempranamente que el pensamiento occidental tendía en general a establecer un dominio unilateral de la lógica y a eliminar la voz de la naturaleza en el sujeto. El surrealismo contribuyó a un renacimiento de la mística y de las filosofías orientales que ven en la consciencia individual una ilusión, un enjambre de sensaciones y concupiscencias, permitiendo estimar la Razón también como una instancia que censura otras posibilidades de per-

(63) Este impulso crítico fue continuado perfeccionado por la teoría de Karl Marx, que tiene su porción más duradera y menos desautorizada por la historia en su tratamiento de las alienaciones producidas por el capitalismo. Algunos autores han estilizado a Marx como si hubiera sido el primer crítico de la modernidad y, por ende, el fundador del postmodernismo. Cf. MICHEL LÖWY: «La crítica marxista de la modernidad», en *Ecología Política*, núm. 1 (1990), pág. 88. Dentro de la misma corriente se ha presentado a Marx como un ecologista *avant la lettre*: IRING FETSCHER: *Überlebensbedingungen der Menschheit. Zur Dialektik des Fortschritts* (= Las condiciones para la supervivencia de la humanidad. Sobre la dialéctica del progreso), Munich, Piper, 1980.

(64) ANDRÉ BRETON: *Manifestes du surréalisme*, París, Gallimard, 1969, págs. 12 y sig.

(65) *Ibid.*, pág. 14. Los escritos teóricos de André Breton sobre el surrealismo son una curiosa mezcla de intuiciones brillantes, un estilo claro y elegante, charlatanería tediosa y larguísimas lucubraciones exentas de todo valor intelectual o literario. Lo que no es extraño en teorías y autores consagrados profesionalmente a celebrar la ironía y las sutilezas, pero que carecen de *common sense* y de sentido del humor.

cepción y coarta el acceso a otros niveles de la realidad. Breton realizó un esfuerzo ejemplar para recuperar esos espacios vituperados del subconsciente (66), combatiendo la aversión a lo maravilloso contenida en la civilización occidental moderna y divulgando lo valioso que han producido la mística, la tradición premoderna y los artistas marginales por un lado y las culturas extraeuropeas por otro. (Hay que mencionar, empero, que el interés de los surrealistas por estas últimas —al igual que los postmodernistas— ha sido más bien superficial: se han servido de ellas instrumentalmente para criticar a la civilización occidental, sin penetrar demasiado en aquellos mundos exóticos.)

Enfoques postmodernistas están justificados en cuanto intentan tematizar una especie de disolución de la modernidad, evitando postular la superación de la misma mediante una nueva etapa histórica. La era moderna ha experimentado cómo el progreso se convirtió en una mera rutina y cómo diferentes ideologías —desde el consumismo norteamericano hasta el marxismo oficial soviético— se consagran a celebrar lo *Nuevo*, por el solo hecho de serlo, en detrimento de lo *Viejo*, calificado sin más de caduco y anacrónico (67). Cual sana reacción a esta obsesión, el postmodernismo pone en cuestionamiento la filosofía de la historia que subyace a estas opiniones populares, negando la existencia de leyes y decursos históricos de carácter obligatorio. Las épocas que nos precedieron no pueden ser concebidas como meras etapas preparatorias para un desenlace feliz de la evolución humana, y la realidad momentánea no puede ser calificada de históricamente necesaria por el solo hecho de ser real. La impugnación del determinismo histórico devuelve a cada período evolutivo su plena valía, anulando los criterios que han servido para establecer jerarquías y gradaciones entre ellos; el no reconocer una tendencia forzosa en la historia abre precisamente la posibilidad de que los mortales la puedan moldear con cierta intencionalidad y autonomía. El postmodernismo ha subrayado, simultáneamente, el rol decisivo de la *contingencia* (68), es decir, de la naturaleza aleatoria de los sucesos, que bien podrían haber ocurrido de otra manera o no haber tenido lugar. No sólo los acontecimientos históricos, sino también nuestros edificios teóricos y nuestras concepciones de verdad y justicia están sometidas al juego del azar y la casualidad —no podemos escapar de nuestras circunstancias y nuestros prejuicios—. Dentro del contexto del postmodernismo toda fundamentación primera o última de una doctrina y todo imperativo de verdad se transforman, como anotó Gianni Vattimo, en algo superfluo (69).

(66) Sobre los complejos vínculos del surrealismo con el psicoanálisis de Sigmund Freud y los paralelismos con la crítica al progreso originada en la Escuela de Frankfurt, cf. VOLKER ZOTZ: *André Breton*, Reinbek, Rowohlt, 1990, págs. 59-64.

(67) Sobre el postmodernismo en cuanto radicalización de la modernidad, cf. GIANNI VATTIMO: *Das Ende der Moderne* (= El fin de la modernidad), Stuttgart, Reclam, 1990, págs. 8, 180 y sig.

(68) RICHARD RORTY: *Solidarität oder Objektivität? Drei philosophische Essays* (= ¿Solidaridad u objetividad? Tres ensayos filosóficos), Stuttgart, Reclam, 1988, págs. 5 y sig.; RORTY: *Contingency, Irony, and Solidarity*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989; RORTY: *Philosophy and the Mirror of Nature*, Princeton, Princeton University Press, 1979.

(69) GIANNI VATTIMO: *op. cit.* (nota 67), pág. 29. Y lo sin sentido pierde, según Vattimo, el patetismo de las grandes fundamentaciones de la filosofía tradicional.

Así como el legado más notable de la tradicionalidad es la diversidad organizativa, económica, cultural y político-institucional de las sociedades preindustriales, el aporte más relevante de los enfoques postmodernistas podría ser la defensa de la heterogeneidad de todo tipo y la crítica de los procesos de homogeneización y uniformamiento, que son propios e inseparables del capitalismo occidental y del socialismo marxista. Al no reconocer una cimentación unívoca de la verdad y tampoco un propósito teleológico en el desenvolvimiento histórico, se diluyen los criterios para juzgar la superioridad o inferioridad de los diferentes sistemas de organización social, de los múltiples períodos evolutivos y de los resultados inherentes a distintas formas de convivencia humana. Desaparecen los parámetros de absoluta certidumbre para evaluar y establecer jerarquías entre los productos generados por la pluralidad de pautas de comportamiento y estructuras institucionales; todos los fenómenos históricos, culturales y sociales resultan ser elaboraciones contingentes y, por tanto, reversibles, del quehacer humano (70). El postmodernismo cuestiona la corriente niveladora e igualadora de los tiempos modernos, a la que tanto contribuyeron los jacobinos, los marxistas y los anti-imperialistas de toda laya; la Teoría latinoamericana de la Dependencia ha descollado por haber detectado en la *heterogeneidad estructural* (71) el presunto fundamento del subdesarrollo del Tercer Mundo, propugnado de la manera más enérgica la remoción de tal obstáculo para la consecución del ansiado progreso material —visualizado en una sociedad más o menos homogénea— y para recuperar el interrumpido ritmo «normal» de la evolución histórica. El habitual discurso progresista ha supuesto que las irrupciones del «imperialismo» habrían sido culpables en originar o, por lo menos, en consolidar los fenómenos de la despreciable heterogeneidad estructural. Uno de los teóricos más conocidos del postmodernismo, Jean-François Lyotard, hizo resaltar la necesidad de «activar las diferencias» (72), preservar los pluralismos de todo tipo e impugnar las totalidades uniformantes. Como escribió Norbert Lechner, la revalorización de la heterogeneidad permite enfrentar la complejidad social sin un proceso de reducción y simplificación teóricas (73): una multiplicidad de sentidos, la carencia de una perspectiva de obligatoriedad futurista y la reputación positiva de la incertidumbre abren la posibilidad de percibir más favorablemente lo variopinto y diverso del orden social actual, de obtener una visión más sobria y desencantada de los inmensos problemas del mundo presente, de cuestionar los grandes aparatos centralizantes como el Estado,

(70) Cf. DAVID SLATER: *op. cit.* (nota 6), págs. 12, 39 y sig.; I. CHAMBERS: *Border Dialogues - Journeys in Postmodernity*, Londres, Routledge, 1990, pág. 109; ERNESTO LACLAU: *New Reflections on the Revolution of Our Time*, Londres, Verso, 1990, pág. 189.

(71) Cf. ANIBAL QUIJANO: *La nueva heterogeneidad estructural de América Latina*, en HEINZ R. SONNTAG (comp.): *op. cit.* (nota 3), págs. 29-51.

(72) JEAN-FRANÇOIS LYOTARD: *Beantwortung der Frage: Was ist postmodern?* (= Respuesta a la pregunta: ¿Qué es lo postmoderno?), en PETER ENGELMANN (comp.): *Postmoderne und Dekonstruktion* (= Postmodernismo y deconstrucción), Stuttgart, Reclam, 1990, pág. 48.

(73) NORBERT LECHNER: *Los patios...*, cit. (nota 23), págs. 105, 113, 174

la burocracia y el partido y, en fin de comprender mejor el rol de los conflictos y la índole lúdica del proceso democrático.

Es indispensable, por otra parte, consignar los lados oscuros del postmodernismo. Pensadores adscritos a tendencias marxistas ven en él una barrera a la praxis y al pensamiento emancipatorios, arguyendo que las teorías postmodernistas son insensibles a aquella realidad conformada por la opresión social y la explotación económica (74). Pero aun sin compartir esta posición, se vislumbra en el postmodernismo un claro desinterés por la historia como proceso global, por la praxis política emancipatoria y por las metas de todo proceso evolutivo (75). La negativa a efectuar jerarquizaciones entre la variedad de fenómenos sociales puede comprenderse como una indiferencia liminar frente a las opciones políticas del momento y como una pérdida de capacidad para elaborar un horizonte de sentido histórico (76). Entre las consecuencias de ésto se hallarían la impasibilidad ante la suerte de la democracia, la carencia de una concepción política estable y la apología del sistema existente en un momento dado porque éste representaría el marco general de referencia que sería superfluo sobrepasar. El postmodernismo parece así conllevar un efecto político conservador, a lo que se asociaría un sentimiento muy extendido de desconcierto, desencanto y escepticismo con respecto a los designios humanos de transformar o hasta mejorar el mundo.

Estas actitudes y secuelas que acompañan al postmodernismo tienen que ver con su herencia nominalista y positivista, con su desdén exagerado por las cuestiones históricas, con su negativa dogmática a establecer jerarquías de valores y evidentemente con su inclinación, así sea indirectamente, a legitimizar el presente y sus modelos sociales. La prohibición fáctica de elaborar juicios valorativos —cuyo fundamento teórico es altamente controvertido, por no decir poco convincente— conduce a que en las esferas de la ética y la política la praxis humana quede librada a una arbitrariedad bastante irracional; el resultado puede muy bien consistir en aquella «culminación del nihilismo», a la cual los filósofos postmodernistas no son refractarios. Si se supone que todo es intercambiable con todo, se llega a consentir y hasta celebrar la implantación de criterios meramente cuantitativos y a elogiar la declinación de los parámetros cualitativos; si se considera que todo es canjeable, sustituable y reproducible, entonces realmente *anything goes*. Esta conocida máxima de Paul K. Feyerabend implica, empero, que las diferencias entre democracia y dictadura, entre una acción benéfica y otra maligna, se diluyan en lo azaroso de los caprichos subjetivos. La crítica, muchas veces justificada, de lo sólido, de las identidades aparentemente consistentes y de las verdades avaladas por la tradición o el poder político, puede ser proseguida por los postmodernistas de modo exorbitante hasta conseguir que toda significación pierda su sentido, que todo pueda ser combinado con todo y que desaparezca toda gradación entre las obras de arte y del saber.

(74) DAVID SLATER: *op. cit.* (nota 6), pág. 11.

(75) LECHNER: *op. cit.* (nota 23), pág. 112.

(76) *Ibid.*, págs. 112 y sig., 118, 175 y sig.

Esta intención, que configura uno de los puntos centrales del surrealismo (77), puede ser también interpretada como el anhelo íntimo y, en el fondo, decisivo de integrar los fenómenos dispersos del universo en la consciencia individual: se trataría, en última instancia, de una concepción armonicista, de una renovación de la mística religiosa y de un curioso resurgimiento de la incriminada filosofía de la identidad y de las censuradas doctrinas clásicas de carácter globalizante, resurgimiento de nociones contrapuestas en el fondo al postmodernismo, el que, de acuerdo a la moda del día, adoptaría un aire desenfadado, irónico, desordenado y poco preocupado por la coherencia interna del propio edificio teórico.

En todo caso, los enfoques postmodernistas, en su apología del nihilismo y del *anything goes*, terminan por calificar el humanismo de una simple nostalgia restaurativa, de una añoranza por Dios y por un sujeto imaginario (78). Según esta visión el humanismo se reduciría a una ilusión pasajera, el yo consistiría en un receptáculo casual de sensaciones y pasiones, y la filosofía y la religión representarían solo ideologías, es decir argumentos destinados a legitimizar y cohonestar intereses materiales. Los mortales podríamos aspirar entonces únicamente a una idea pragmática y relativista de la verdad: ésta se limitaría a lo que nos es conveniente en un momento dado (79). La consciencia moral sería una falacia, el Derecho natural una ficción, los ideales de la emancipación una teoría entre otras, los grandes conflictos sociales y los debates políticos meros juegos lingüísticos, los derechos humanos una convención aleatoria. Esto trae consigo la abdicación de las facultades críticas de la filosofía y de las ciencias sociales y, consiguientemente, la transformación de éstas en algo muy modesto: según Richard Rorty (80), la superficialidad y la ligereza de la filosofía postmoderna, interpretadas por él como elementos positivos y constituyentes de la misma, coadyuvarían a desencantar el mundo y a convertir a sus habitantes en seres pragmáticos, más tolerantes, liberales y receptivos con respecto a las bondades de la racionalidad instrumental.

Contra estos frívolos excesos y las francas necedades del postmodernismo hay que insistir en un concepto enfático de verdad y en la necesidad de algunos criterios de corte universalista (81). Sin ellos estamos inermes ante los problemas realmente graves de nuestro tiempo, que como la crisis ecológica, la explosión demográfica o las controversias entre países, trascienden las fronteras de disciplinas científicas aisladas, intereses individuales o grupales delimitados o la perspectiva de una sola generación. Las modas del día, las señales del mercado, los presuntos requerimientos de las soberanías nacionales y todo criterio pragmático de utilidad, no pueden

(77) Cf. VOLKER ZOTZ: *op. cit.* (nota 66), págs. 10, 139.

(78) GIANNI VATTIMO: *op. cit.* (nota 67), págs. 30 y sig., 41.

(79) RICHARD RORTY: *Solidarität...*, cit. (nota 68), págs. 5 y sig., 14.

(80) *Ibid.*, págs. 70, 108.

(81) Cf. el número monográfico de *Dialogue and Humanism. The Universalist Quarterly*, vol. I, núm. 1 (1991). Una de las mejores obras críticas sobre el postmodernismo es el volumen compilado por PETER KEMPER: «*Postmoderne*» oder *Der Kampf um die Zukunft* (= «Postmodernismo» o la lucha por el futuro), Francfort, Fischer, 1988.

conformar los únicos puntos de vista para comprender la realidad y actuar sobre ella. Concepciones cualitativas globalizantes son sencillamente imprescindibles para la dilucidación de asuntos de ética y estética —que, además, configuran esferas insustituibles para que el desarrollo no se reduzca a algo monstruoso, inhumano, frío e insatisfactorio—, para tratar adecuadamente el terreno de la política y para acercarse al campo de la cultura. También entre empresarios y economistas se abre camino la idea de que hay una diferencia fundamental entre el éxito y la excelencia: mientras el primero se circunscribe al área de lo cuantitativo y de corto plazo, la segunda se identifica con la calidad de la vida y los designios de largo aliento (82). A esta última dimensión pertenece lo rescatable de la religión (83), de la cultura cotidiana pre-industrial y de la solidaridad tradicional (84), fragmentos civilizatorios que pueden aun ser útiles para mitigar la marcha del pensamiento pragmatizado y tecnocrático de la modernidad más prosaica, en torno a la cual los enfoques postmodernistas extienden el cómodo manto del silencio, exhibiendo una clara complicidad con los fenómenos que dicen criticar.

El postmodernismo ha brindado notables aportes a la comprensión del pluralismo cultural y político, a la demolición de los grandes edificios dogmáticos y a la superación de las doctrinas del desarrollo histórico obligatorio. Pero es adecuado, por otra parte, recordar que el padre espiritual de esta corriente, Friedrich Nietzsche, hizo resaltar la pobreza de toda filosofía que no traspase el campo de los intereses cotidianos y de la experiencia sensorial y que no se nutra de un impulso universalista que es, después de todo, el alma de la metafísica occidental (85).

(82) JUAN GUILLERMO ESPINOZA: «Otro desarrollo, otra vida. ¿Fin de la civilización del egoísmo?», en *Nueva Sociedad*, núm. 98 (noviembre-diciembre 1988), pág. 78.

(83) Esto se refiere obviamente a los aspectos más o menos razonables de la religiosidad y no a los numerosos elementos totalitarios, colectivistas e irracionales de la herencia ibero-católica, que impiden una visión laica de la política y una concepción individualista del orden sociopolítico. Cf. NORBERT LECHNER: *Los patios...*, cit. (nota 23), pág. 131; PEDRO MORANDÉ: *Cultura y modernización en América Latina*, Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1984, *passim*.

(84) Acerca de la complejidad de esta temática, cf. GEORG ELWERT: «Die Element der traditionellen Solidarität» (= Los elementos de la solidaridad tradicional), en *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, núm. 4 (1980), págs. 681-704; sobre los relictos aristocratizantes en algunas formas del folklore y la literatura latinoamericanas, cf. JOSÉ JOAQUÍN BRUNNER: *Tradicionalismo...*, cit. (nota 11), págs. 25 y sig.

(85) FRIEDRICH NIETZSCHE: *Die Philosophie im tragischen Zeitalter der Griechen* (= La filosofía en la era trágica de los griegos), en NIETZSCHE: *Studienausgabe*, vol. 1, cit. (nota 20), págs. 144-146. Sobre Nietzsche escribió L. S. KLEPP: «El advirtió que si se suprime la posibilidad de llegar a la verdad objetiva por medio de la razón, se destruye el cimiento común del acuerdo racional en que se basa la política democrática liberal. Se abandona la plaza, primero frente a la propaganda y los llamamientos irracionales, y después ante la fuerza» (L. S. KLEPP: «Richard Rorty: filósofo de la paradoja», en *Facetas*, año 1991, núm. 4 (= 94), pág. 49).